10572

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL TASSO.

DRAMA HISTÓRICO,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MARIANO CATALINA.

Estrenado con éxito estraordinario en el teatro del Circo la noche del 18 de Febrero de 1872, á beneficio de D. Juan Casañer.

Precio: 8 rs.

LA PUBLICIDAD.
Librería clásica de los Hijos de
J. García Taboadela.
Obras de ciencias, facultad de medicina, Derecho y Administracion.—Suscriciones á todo cuanto se publica en España.
Calle de Molina-Larios num. 1, con fachada á la calle de Granada y Duque de la Victoria.—MALAGA.
Pesetas 2

EL TASSO.

PERSONAJES.	ACTORES.
CORNELIA.....	D.ª MATILDE DIEZ.
LEONORA DE ESTE.....	GERTRUDIS CASTRO.
TORCUATO TASSO.....	D. PEDRO DELGADO.
ALFONSO II, Gran Duque de Ferrara.....	JUAN CASAÑER.
EL CONDE.....	FRANCISCO OLTRA (1).
JULIO MOSTI.....	MANUEL PASTRANA.
LUPO.....	MANUEL CALVO.
MOSTI.....	CIPRIANO MARTINEZ.
COCCAPANI.....	PASCUAL CABALLERO.
ROSSI.....	JULIAN CASTRO.

CABALLEROS, EMBOZADOS y MÁSCARAS.

La accion pasa en el palacio de Bello-Sguardo, *próximo á Ferrara, el año de* 1679. *Los dos primeros actos en los jardines, y el tercero en la habitacion del Tasso.*

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica titulada *El Teatro*, de D. ALONSO GULLON, son los esclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

(1) Por deferencia al autor, el Sr. Oltra se ha encargado del desempeño de este papel, y por ello le damos las gracias.

EL TASSO,

DRAMA HISTÓRICO.

PRIMICIAS POÉTICAS.

Ofrenda de amor y de gratitud, que á la buena memoria del ilustre D. Severo Catalina consagra su amantísimo sobrino y discípulo,

El Autor.

C00014

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza cerrada por árboles. En el fondo, y á la conveniente distancia, se ve parte de un palacio iluminado: á la derecha una gruta formada por las ramas, con puerta á la plaza: sillas y bancos rústicos: iluminacion en todo el jardin.

ESCENA PRIMERA.

CONDE y LUPO.

Cruzan por la escena varios grupos de máscaras: se oye música y hay gran animacion durante todo el acto. El CONDE entra con precaucion por el fondo, y se dirige á la izquierda: LUPO permanece junto á la gruta: ambos están enmascarados.)

CONDE. Este es el sitio..... ¡No hay nadie!
Lupo no puede tardar:
junto á la gruta hay un bulto;
él es, sin duda. (Dirigiéndose á la gruta.)
¿Quién vá?

LUPO. Nadie va, pues estoy quieto.

CONDE. ¿Tienes cita aquí?

LUPO. Cabal.

CONDE. ¿Con quién?

LUPO. ¿Qué os importa?

CONDE. (Aparte.) El es.
(El Conde se aproxima á Lupo y le habla muy bajo.)
«El Conde y Lupo.»

LUPO. Mandad. (Se quitan las caretas.)

CONDE. ¿Conoces aquel palacio?
(Señalando al del fondo.)

LUPO. Es el Palacio Ducal
de *Bello-Sguardo.*

CONDE. Muy bien.
¿Y este sitio?

LUPO. Presto hará
diez años que maté á un hombre
junto á ese viejo rosal,
y aun parece que las flores
tintas en su sangre están.

CONDE. ¿Te acuerdas?

LUPO. Señor, hay cosas
que no se olvidan jamás.
Cuatro veces me habeis dado
el encargo de matar,
y ya sabeis que cuatro almas
nos esperan por allá.

CONDE. (Muy inquieto.)
¡Silencio...!

LUPO. Nadie nos oye.

CONDE. Y... aun tienes fuerza...?
(Cogiendo á Lupo por el brazo.)

LUPO. ¡Ojalá
no tuviera tanta, Conde!
Con el uso y con la edad,
el brazo y el corazon
se han vuelto de pedernal.

CONDE. ¿Puedo fiarme de tí?

LUPO. ¡Vaya si os podeis fiar...!
Lo mismo que yo de vos.

CONDE. (Con tono amenazador.)
¡Lupo...!

LUPO. Ni menos, ni más.

CONDE. Soy quien soy, y eres quien eres.

LUPO. Bien poca diferencia hay
entre el hombre que asesina
y el que manda asesinar:
que al fin, si yo soy traidor
porque mato por detras,
el que por detras me paga,
traidor como yo será.

Yo mato para vivir,
vos vivís para matar;
pues cumplamos en la tierra
nuestro sino cada cual,
y no me echeis vos en cara,
lo que yo os pudiera echar.

CONDE. (Con furor reconcentrado.)
¡Así me tratas...!

LUPO. Os trato,
señor, como tratais;
que es justo que dos bribones
se traten de igual á igual.

CONDE. (Conteniéndose.)
Osado eres.

LUPO. Siempre lo es
el que dice la verdad.

CONDE. Pero hay verdades que cuestan
la vida.

LUPO. Sí costarán...
Díganlo, si no, los muertos
que vos...

CONDE. ¡Yo...!

LUPO. Lo mismo da
vos, que yo; despues de todo,
ellos no lo han de contar.
Caro les costó decir
verdades.

CONDE. Calumnias.

LUPO. ¡Ya!
es claro, calumnias...

CONDE. (Amenazador.) ¡Lupo...!

LUPO. Apuesto á que me llamais
para que yo haga por vos
una obra de caridad.

CONDE. Mira bien cómo me tratas.

LUPO. Ved vos cómo me tratais.

CONDE. El que ha comprado tu brazo,
los de otros podrá comprar.

LUPO. No hay en Ferrara quien venda
contra Lupo su puñal;

que aunque valga mucho el oro,
Lupo vale mucho más.
Pero no riñamos, Conde,
que al fin me necesitais,
y con mi mal genio y todo,
soy barato y soy leal.
Lo que á vos más os importa
es que calle, y pues me va
la vida en callar, es claro,
callaré. Con que... mandad.

CONDE. Hay un hombre que me estorba...
Di, Lupo: ¿te atreverás...?

LUPO. ¿A qué...?

CONDE. A matarlo.

LUPO. ¡Yo...!

CONDE. Sí.

LUPO. ¡A otro hombre quereis que...!

CONDE. ¡Bah...!
¿Tienes miedo...?

LUPO. ¡Miedo yo...!

CONDE. ¿Escrúpulos?

LUPO. ¡Otro tal...!
Tengo... ¡No se lo que tengo...!
me canso ya de matar.

CONDE. ¿Pues no decias que el brazo
y el alma...?

LUPO. Lo dije, mas...

CONDE. Vamos, ya se lo que quieres.
(Le enseña un bolsillo.)
Mira, te doy la mitad
adelantado.

LUPO. No.

CONDE. Todo. (Pausa.)

LUPO. Conde. tentador estais.

CONDE. ¿Aun te resistes?

LUPO. ¿Se trata
de un hombre muy principal?

CONDE. De un poeta: poca cosa.

LUPO. ¿Quién es?

CONDE. Luego lo sabrás.

Mira bien lo que te ofrezco.

LUPO. Gracias; sois muy liberal.

CONDE. ¿No aceptas...? Pues hallaré
quien mas barato lo hará.
Adios, Lupo.

LUPO. (Aparte.) ¡Buen precio es!

(Queda Lupo un momento meditando, y el Conde se dirige al fondo.)

¿Señor Conde?

CONDE. ¿Qué?

LUPO. Esperad. (Vuelve el Conde.
¿Estais resuelto á que muera?

CONDE. Resuelto.

LUPO. (Toma el bolsillo.) Pues morirá.
Mas con una condicion.

CONDE. ¿Qué condicion?

LUPO. Que vengais
conmigo; yo pongo el brazo:
poned vos la voluntad.

CONDE. ¿Te falta valor...?

LUPO. Me falta
una ofensa que vengar;
pues cuando se hace sin causa,
nunca se hace bien el mal:
así, pues, es necesario
que á darme valor vengais.
¿Qué decís, Conde...?

CONDE. Es difícil.

LUPO. Más difícil era entrar
al jardin en que el Gran Duque
fiestas á su corte da,
y ya veis que yo he sabido
vencer la dificultad.

CONDE. Pero, ¿y si me conocieran?

LUPO. ¡Conoceros...! No temais:
nada han de ver, y si ven,
la capa y el antifaz,
¿para qué son?

CONDE. Convenido.
El muerto...

LUPO. ¿El que morirá,
quereis decir...?

CONDE. Es lo mismo.
Vendrá aquí luego: ahí detras
(Señalando á la derecha.)
espérame hasta que vuelva.
Adios. (Lupo se va por la derecha: el Conde se dirige hácia el fondo. Se oye hablar á Mosti.)
Esto no va mal.

ESCENA II.

MOSTI, ROSSI, COCCAPANI, JULIO MOSTI, el CONDE y varios caballeros.

(Entran por la derecha Mosti, Rossi y los caballeros: detras vienen Coccapani y Julio Mosti: el Conde permanece en el fondo.)

MOSTI. ¡Vamos! No puedo sufrir
esas cosas: me subleva,
me irrita, el diablo me lleva
cuando les oigo decir
disparates.

ROSSI. En el dia
todo se confunde.

MOSTI. Hay quien
dice, que escribe tan bien
como Ariosto.

ROSSI. ¡Qué osadía!
Vivimos en un pais
de ignorantes.

MOSTI. Pues de fijo
le hacen génio, porque es hijo
de el autor del *Amadís*.

ROSSI. ¡Ese sí que es un poema!

MOSTI. Nunca lo hará igual Torcuato.

COCCA. (Aparte á Julio.)
Oid á ese mentecato.

JULIO. Cada loco con su tema.

ROSSI. Ha escrito...
MOSTI. ¿El...?
ROSSI. Creo que sí.
MOSTI. Ver sus obras necesito:
todo lo que él haya escrito
que me lo claven aquí.
(Señalando á la frente.)
ROSSI. La *Aminta*...
MOSTI. La *Aminta* es mengua
del género pastoral:
drama más insustancial
no se ha escrito en nuestra lengua.
ROSSI. Pero su *Jerusalen*
dicen...
MOSTI. Algun ignorante:
es una obra estravagante.
ROSSI. Bien escrita.
MOSTI. No tan bien.
Es un plagiador osado,
ignorante y ambicioso.
COCCA. Y vos sois un envidioso,
si no es que sois un malvado.
MOSTI. ¡Yo malvado...!
COCCA. Sí; y felon,
y calumniador.
MOSTI. ¡Dios mio!
(Suplicante.)
Sobrino...
JULIO. Lo siento, tio;
pero no teneis razon.
Vos juzgais que en poesía
no hay quien al Ariosto iguale;
yo creo que el Tasso vale
más que Ariosto.
MOSTI. (Indignado.) ¡Qué herejía!
¡Qué horror...! Eres un ingrato
que en mi desgracia te empeñas.
JULIO. ¿Sí...? Pues, tio, por las señas
desgracia habeis para un rato.
Vos juzgais del Tasso mal,

porque en Ariosto se inspira;
y el Tasso elogia y admira
las obras de su rival.
Sin leer la *Jerusalen*
pensais que es mala.

MOSTI. Preciso.

JULIO. Pues á mí, con su permiso,
me ha parecido muy bien.
Vamos, declarad que el labio
no quiso inferir afrenta
á Torcuato, y de mi cuenta
corre vuestro desagravio.

MOSTI. No.

JULIO. Pues no sereis, ¡por Dios!
solo á sufrir los baldones,
habiendo tantos felones,
que calumniaban con vos.

MOSTI. (Asustado.)
¡Julio...!

ROSSI. Caballero...

JULIO. Nada;
lo dicho, está dicho.

MOSTI. Pero...
¡calla, demonio...!

JULIO. No quiero
callar.

ROSSI. Pues hable tu espada.

COCCA. Pues al asunto. (Se preparan á reñir.)

CONDE. (Viniendo á escena desde el fondo.)
Esperad;
que hay quien contra el Tasso viene,
para probaros, que aun tiene
defensores la verdad.

JULIO. Pues tambien aquí hay quien lidia
por Tasso, y probar desea,
que tambien hay quien se emplea
en castigar á la envidia.

MOSTI. (Muy apurado.)
Julio, calla.

JULIO. En vano alarde

haces, Conde, de valor;
que ya sé que eres traidor,
y como traidor, cobarde.

CONDE. ¡Miserable!

JULIO. No es tu sino
pelear en lid honrada;
pues se avergüenza la espada
en manos de un asesino.

(Echan mano á las espadas todos menos Mosti. —Alfonso aparece en el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS y ALFONSO.

MOSTI. ¡El Duque!

CONDE. Señor...

ALF. ¿Qué pasa?
¿Qué ofensa es la que vengais,
Conde, que ni aun respetais
los jardines de mi casa?
¡Mosti! ¡Tú tambien...!

MOSTI. Ociosa
fue mi voz, é insuficientes
mis consejos, que estas gentes
se matan por cualquier cosa.

ALF. ¡Coccapani...!

COCCA. Yo no digo
quién ha sido el más osado;
pero sé que han calumniado
en mi presencia á un amigo;
y como no uso alusiones,
ni cortesanos alardes,
los he llamado cobardes,
y envidiosos, y felones.
¿Cómo he de sufrir con calma
que á quien es amigo mio
injurien, teniendo aun brio
el brazo, y calor el alma?

No: si cien veces oyera
lo que á esas gentes oi,
¡juro á Dios! que lo que aqui
dije, cien veces dijera.

ALF. Adusto estás.

COCCA. Si os disgusto,
castigadme.

ALF. No me quejo
de tí; pero...

COCCA. (Interrumpiéndole.) Si soy viejo,
¿cómo no he de ser adusto?

ALF. Si hubo ofensa, al ofensor
yo sabré imponer castigo.

COCCA. Se injuriaba á vuestro amigo.

ALF. ¿A quién?

COCCA. Al Tasso, señor.

ALF. ¿Y quién osó...?

MOSTI. Involuntaria
ha sido tal imprudencia;
pero en casos de conciencia...
(Interrumpiéndose.)
de conciencia literaria.
Una idea luminosa
viene á la imaginacion,
y...

COCCA. Le llamásteis ladron.

MOSTI. De ideas; no de otra cosa.

COCCA. Es lo mismo.

MOSTI. No es igual,
que en las letras, sabio es quien
roba, cuando roba bien;
ladron, cuando roba mal.

ALF. Es del oficio.

JULIO. Señor,
del oficio soy tambien,
y me complazco en que den
al mérito su valor.
Por eso debo decir,
si á decirlo se me incita,
que el Tasso no necesita

imitar para escribir.
Quien no pueda alzar su vuelo,
vístase de ajenas galas,
que al genio le sobran alas
para remontarse al cielo.

ALF. Basta.

JULIO. Señor, perdonad...

ALF. Mal en infamar haceis
á un hombre, que al fin sabeis,
que goza de mi amistad.
Si fama y gracias le dí,
si mis aplausos obtiene,
lo que contra él digais viene
de rechazo contra mí.
Las armas están mejor
que al aire, esperando á que
les pida ayuda la fe,
la patria, el rey ó el honor.

MOSTI. Gran Duque, yo...

CONDE. Perdonad...

ALF. Ya estais perdonados; pero
sabed todos, que no quiero
pendencias. (Aparte al Conde.)
Vos esperad.

(Todos se dirigen hácia el fondo: Coccapani y Julio Mosti desaparecen; los demas se detienen esperando al Conde.)

CONDE. ¿Yo...?

ALF. Sí.

CONDE. Disponed de mí.

ALF. Conde, deseo saber...

CONDE. ¿Qué...?

ALF. Quién es una mujer
estranjera, que hay aquí.

CONDE. Esperad. (El Conde habla un momento con sus amigos: despues se van estos.)

ALF. ¿Qué ocurre?

CONDE. He dado
órdenes...

ALF. Mas...

CONDE. Os prometo,
que guardarán el secreto.

ALF. (Mirando con curiosidad por la derecha.)
¡Ella es...! Venid á este lado.
(Alfonso y el Conde se ocultan un momento entre los árboles de la izquierda: Cornelia sale por la derecha.)

ESCENA IV.

CORNELIA, ALFONSO y el CONDE.

(Cruzan varios grupos de máscaras por la escena: se oye música en el fondo: Cornelia viene por la derecha muy inquieta y como huyendo de la gente: Alfonso y el Conde aparecen observando en la izquierda.)

CORN. ¡Me siguen...! Estoy perdida.
¡Dios mio! ¿Qué podré hacer
sola, estranjera y mujer?

ALF. (Aparte al Conde.)
¡Bella es la desconocida!

CONDE. Es digna de vuestro amor.

ALF. Marchaos; y si hácia aquí
viene alguien...

CONDE. ¿Aviso?

ALF. Sí.

CONDE. Estad, tranquilo, señor.
(El Conde se va por el fondo.)

CORN. Y él está aquí: entre esa gente
sufre y calla: ¡desdichado...!
¿Qué haré...? Me pondré á su lado,
y el amor me hará valiente.
(Alfonso se ha aproximado á Cornelia sin ser visto por ella.)

ALF. ¿Señora...?

CORN. (Muy sorprendida se vuelve con rapidez.)
¡Qué...! ¿Quién me llama?

ALF. ¡Oh! Nada temais; pues quien
os llama, conoce bien
lo que se debe á una dama.

CORN. (Más tranquila.)
Noble pareceis.
ALF. Lo soy:
y si en lo poco que valgo,
pudiera serviros de algo,
á vuestro servicio estoy.
CORN. Gracias; pero...
ALF. No temais:
nadie os tocará, señora;
pues aunque mujer, ahora
entre cristianos estais;
y si hay alguno que no
os respete, yo prometo...
CORN. Gracias; pero ese respeto
haré que lo guarden yo.
Cautiva del moro fuí,
y él respetó mi decoro:
lo que no ha intentado el moro,
¿habrá quien lo intente aquí?
ALF. Conozco quien pone á prueba
su atrevimiento.
CORN. Podeis,
á ese que vos conoceis,
decirle que no se atreva.
ALF. Es débil, y probar suerte
intenta.
CORN. Pues en mi nombre
decidle, que contra el hombre
débil, hay la mujer fuerte.
ALF. ¿Fuerte sois?
CORN. No es gran valor
salir de la patria mia,
trayendo en mi compañía
la honestidad y el amor.
ALF. ¿Amais?
CORN. Amo: ¿qué he de hacer
si mi destino es amar...?
¿Sirve acaso para odiar
el alma de la mujer?
ALF. ¿Y aquí venís...?

CORN. De lejana
tierra: he pasado mi vida
en Nápoles.
ALF. Bien venida
la hermosa napolitana.
Si de algo os puedo servir...
CORN. ¿Vos...? De nada.
ALF. ¡Y habeis dicho
que á un hombre amais!
CORN. Si es capricho,
os lo volveré á decir.
Por él vengo.
ALF. ¿Y si él infiel,
de vuestro amor se olvidara?
CORN. ¡Oh...! Si de mi renegara,
lo sentiria... por él.
ALF. ¿Le amais mucho?
CORN Es muy profundo
el amor que le profeso.
ALF. ¡Tal confianza en mí...!
CORN. ¡Si eso
se lo digo á todo el mundo!
ALF. ¿Todos saben que detras
venís...?
CORN. ¿Vos no lo sabeis?
ALF. Sí.
CORN. Pues ¿por qué suponeis
que lo ignoran los demas?
ALF. Porque me crei deudor
de un secreto.
CORN. ¿Sí? Os prometo
deciros ese secreto,
si vos me haceis un favor.
ALF. Lo que me pidais haré.
CORN. ¿Sí...?
ALF. Mi palabra lo abona.
CORN. Vengo tras una persona:
¿la conoceis...?
ALF. No lo sé,
Perdonadme; pero no

podré salir de este paso
sin decirme...

CORN. ¡Si es el caso,
que no la conozco yo!

ALF. ¿Y la amais?

CORN. Con frenesí.

ALF. ¡Mas sin verla...!

CORN. ¿Para qué?

ALF. ¿Y él os ama?

CORN. No lo sé.

ALF. No entiendo ese amor.

CORN. Yo sí:
Y pues no le comprendeis,
lástima tengo de vos:
que mal amareis á Dios,
si en sus obras no le veis.
Amor que alzando su vuelo
sube á la suprema altura
llevando á una criatura
junto á las puertas del cielo;
amor que en la oscuridad
ve, que adivina y redime,
ese es el amor, sublime
don de la Divinidad.
Buscais en el rostro en vano,
de amor la luciente llama;
pues quien con los ojos ama,
cegará tarde ó temprano.

ALF. No damos tanto valor
aquí en la corte á ese afecto.

CORN. ¿Y cuando ha sido perfecto
algo en la corte, señor!

ALF. ¿El vuestro es del campo?

CORN. Y puro,
cual los primeros albores
del dia, nació entre flores.

ALF. Muy mala vejez le auguro.

CORN. Yo muy buena.

ALF ¡Ay! Os engaña
el corazon; porque aquí

todo se marchita.

CORN. ¿Sí...?
Pues me vuelvo á la montaña.

ALF. ¿Y él?

CORN. ¿El...? se vendrá conmigo.

ALF. Lo dudo.

CORN. ¿Y por qué lo duda?

ALF. Sois sola.

CORN. Pediré ayuda,
que á nadie falta un amigo.

ALF. Pues yo dárosla prometo,
si de mí os quereis servir;
pero me habeis de decir
su nombre.

CORN. Ese es mi secreto.

ALF. Pues no os puedo contestar
si nombre ó señas no sé.

CORN. Pues entonces, os daré
las señas que puedo dar.
Poeta es.

ALF. Muchos lo son
en Ferrara.

CORN. Este se roza
con el Duque.

ALF. ¿Y cual no goza
de la misma distincion?

CORN. Su nombre, famoso ya,
toda Italia lo desea.

ALF. (Con amargura.)
Cuanto más famoso sea
más enemigos tendrá!

CORN. Con envidiosa perfidia
quieren mancillar su historia.

ALF. ¡Es claro! ¿Cuándo la gloria
se ha librado de la envidia!

CORN. Sus amigos...

ALF. Serán pocos.

CORN. Tristeza oculta devora.

ALF. Ese es achaque, señora,
de poetas y de locos.

CORN. Es piadoso.
ALF. Será honrado.
CORN. Y liberal.
ALF. Será pobre.
CORN. Mucho.
ALF. Pues que cuente, sobre
lo pobre, lo desdichado.
CORN. A una dama principal
ama con pasion secreta.
ALF. No he conocido un poeta
que no sufra el mismo mal.
CORN. ¿Adivinais ya por qué
estoy aquí?
ALF. Lo adivino;
mas su nombre no imagino.
CORN. Pues yo su nombre os diré.
Vengo aquí del Tasso en pos.
ALF. (Sorprendido y receloso.)
¡Tasso...! ¿Y ella...?
CORN. Es la Princesa...
ALF. (Con ansiedad.)
¿De qué?
CORN. (Recelosa.)
¡Mucho os interesa...!
ALF. (Con imperio.)
¿Quién es ella?
CORN. (Con entereza.)
¿Y quién sois vos?
ALF. (Desconcertado.)
Yo....
CORN. Sí: ¿quién sois?
ALF. Yo... Dejad
mi nombre; el de esa mujer
es el que importa saber.
CORN. ¿A vos?
ALF. (Con fingida indiferencia.)
Por curiosidad.
CORN. Curiosidad peligrosa.
ALF. ¿Por qué?
CORN. Porque hablando así,

me obligais tambien á mí
á ser un poco curiosa.

ALF. ¿Desconfiais?-

CORN. Desconfio
de todo.

ALF. ¿Quereis que os diga
mi nombre?

CORN. No, si me obliga
á revelaros el mio.

ALF. ¿El vuestro?

CORN. O el de esa dama:
los dos.

ALF. ¿Y sabré los dos?

CORN. Cuando sepa quién sois vos,
os diré cómo se llama.

ALF. Alfonso es mi nombre.

CORN. Así
se llama el Gran Duque.

ALF. Soy
su amigo.

CORN. Pues sois, desde hoy.
sospechoso para mí.

ALF. ¿Por qué?

CORN. Porque de seguro
es mi enemigo.

ALF. Os prometo
no revelarle el secreto.

CORN. ¿Me lo jurais?

ALF. Os lo juro.

CORN. Pues os da curiosidad
un nombre que nadie ignora.

(El Conde sale precipitadamente por el fondo, y habla aparte con Alfonso, pero de modo que Cornelia oiga algunas de sus palabras.)

CONDE. Vuestra hermana Leonora
viene, señor.

CORN. (Mira á Alfonso un momento, comprende quien es, y huye precipitadamente por la izquierda.)
¡Ah...!

ALF. Esperad.

CONDE. (Mirando por donde se fue Cornelia.)
Mucho corre.
ALF. Es menester
seguirla.
(El Conde se dispone á ir detras de Cornelia.)
Esperad.
CONDE. (Deteniéndose.)
Espero.
¿Qué quereis?
ALF. ¿Qué quiero? Quiero
hablar con esa mujer.
CONDE. ¿Pronto?
ALF. Muy pronto: en seguida.
CONDE. Seguidla, que aunque va largo,
la alcanzais; pues yo me encargo
de impedirle la salida.
(Alfonso se va por la izquierda, y el Conde por el fondo.—Leonora sale por la derecha con dominó negro, pero sin antifaz.)

ESCENA V.

LEONORA.

No está. ¿Qué vago deseo
se agita en el pecho mio?
Parece que en el vacío
vivo cuando no le veo.
¿Con qué secreto poder,
ese hombre subyuga el alma,
que á un tiempo inquietud y calma
infunde en todo mi ser?
¿Qué poderosa atraccion
hay en sus obras, que el vuelo
tiende hasta el cielo, y al cielo
levanta mi corazon?
Alma sensible al cariño;
inteligencia gigante
en el corazon amante
y candoroso de un niño.

Nave sin guia y sin puerto
perdida en el mar profundo;
vive en el mundo, y el mundo
es para el génio un desierto;
pues su implacable destino
en tal soledad le encierra,
que no halla un ser en la tierra,
que le siga en su camino.
(Con amargura reconcentrada.)
¡Pobre Tasso! ¡Siempre en pos
de un ser que le entienda! ¿Es que
Dios le castiga? ¿Quién ve
los altos juicios de Dios?

ESCENA VI.

El CONDE y LEONORA.

CONDE. (Entra por la izquierda con precaucion.)
No ha dado con ella: ¡dónde
se habrá metido...! (Viendo á Leonora por la espalda.)
(Aparte.) Aquí está.
¿Señora...?

LEON. (Muy sorprendida.)
¡Qué! ¿Quién es? ¡Ah!

CONDE. (Aparte.)
¡Es la princesa!

LEON. (Aparte.) ¡Es el Conde!
Conde...

CONDE. Si es que os hizo Dios
tan dura para conmigo,
que ni aun quereis por amigo
al que se muere por vos;
mirad que perder podeis
de vuestra bondad la fama;
pues si odiais á quien os ama,
con quien os odie, ¿qué hareis?

LEON. Lástima me dais.

CONDE. Señora,

si esa lástima es sincera,
dadle una ilusion siquiera
al amor que me devora.

LEON. Conde, procurad vencer
vuestras pasiones; pues yo
os he dicho ya que no
os puedo corresponder.

CONDE. ¿Por qué?

LEON. De lo que en mí guardo
no tengo que daros cuenta.

CONDE. Pero yo veo que alienta
en vos, un amor bastardo.

LEON. Conde, reparad...

CONDE. (Con escitacion.) En poco
os estimais; pues ultraja
su alcurnia quien la rebaja
hasta la esfera de un loco.

LEON. Como vuestra insensatez,
vuestras palabras desprecio;
que las injurias de un necio
no llegan á mi honradez.
Si mi noble indignacion
escitar habeis pensado,
sabed, que ni aun para odiado
cabeis en mi corazon.

CONDE. (Amenazador.)
Señora... ¡ay de vos...!

LEON. Callad.

CONDE. ¡Ay de vos si hablo!

LEON. No puedo
tolerar que hableis.

CONDE. ¿Por miedo?

LEON. No, conde, por dignidad:
que si por quejas de amor
poneis en mi honra mancilla,
asomará á mi mejilla
de vuestra infamia el rubor.
Hablad si os place detras;
y hablad mal; pues tendré á mengua
ser honrada en una lengua,

que deshonra á los demas.

CONDE. (Muy irritado.)
¿Guerra quereis? Pues os juro
que la tendreis; desde ahora
no habrá en la tierra, señora,
sitio en donde esté seguro...

LEON. (Asombrada.)
¿Quién?

CONDE. Torcuato.

LEON. ¿El Tasso?

CONDE. Sí.
El mismo me ha confesado
su pasion.

LEON. (Con indignacion.) Sois un malvado,
Salid al punto de aquí:
idos.

CONDE. Princesa, me voy,
pero...

LEON. Salid al instante.

CONDE. Pero vos y vuestró amante,
habeis de saber quién soy.
(El Conde se dirige hácia el fondo, y al ver entrar á Cornelia por la izquierda, queda observando un momento.)

ESCENA VII.

DICHOS y CORNELIA.

CORN. (Muy inquieta.)
Señora, tened piedad
de una desdichada.

CONDE. (Aparte en el fondo.) Es
la estranjera.

CORN. A vuestros pies
estaré hasta...

LEON. Levantad.

CONDE. (Ocultándose entre los árboles del fondo.)
Oigamos.

CORN. ¡Por compasion...
salvadme!
LEON. Hablad.
CORN. Sola vengo,
y me persiguen, no tengo
amparo ni proteccion:
á nadie conozco aquí.
LEON. Pero...
CORN. Sed mi protectora.
LEON. Pero decidme, señora,
qué es lo que quereis de mí.
¡Tranquilizaos, por Dios!
CORN. (Mirando por la izquierda con inquietud:)
¿Vienen?
LEON. No tengais cuidado;
mientras esteis á mi lado
nada osaran contra vos.
Pero... ¿qué habeis hecho?
CORN. Nada.
LEON. ¿Por qué perseguiros?
CORN. ¿Quién
lo sabe...? Porque me ven
aquí sola.
LEON. ¡Desgraciada!
¿Sola venís?
CORN. Yo creia,
cuando á venir me atreví,
que se guardaban aquí
las leyes de la hidalguía:
pensaba que sin temór
de comprometer su fama,
podia entrar una dama
en una casa de honor.
LEON. El Duque castigará
á los viles que han osado...
CORN. El Duque les ha mandado
que me persigan.
LEON. ¿El? ¡Ah!
¿Qué hacer entonces?
CORN. ¿Teneis

un disfraz?

LEON. Desconocida
sois, y franca la salida
por el palacio hallareis.

CORN. ¿Irme? No: quiero evitar
lo que otros pueden sufrir.
¿Pensais que para salir
me hubiera yo espuesto á entrar?

LEON. ¿No temeis á ningun hombre?

CORN. ¿A quién puedo yo temer?

LEON. Venís sola, y sois mujer.

CORN. Pero honrada soy.

LEON. ¿Y el nombre?

CORN. Ninguno en esta ciudad
lo sabe.

LEON. Mas, ¿y el honor?

CORN. Nadie lo guarda mejor
que la propia honestidad.

LEON. Pensad que puede tal vez
deslumbraros la grandeza
de un príncipe, y...

CORN. No hay riqueza
para comprar mi honradez.

LEON. La fuerza...

CORN. No ha de influir
en mí, que no amo la vida.

LEON. Mas perderla...

CORN. No es perdida
vida que enseña á morir.
Tema la muerte el que en breve
placer su existencia emplea;
quien puede pagar, desea
que le pidan lo que debe.
Amo á un hombre, y si me dais
vuestro disfraz, tal vez voy
á salvarle.

LEON. Pues os doy
el disfraz que deseais.
¿Es este bueno?
(Enseñándole el que lleva puesto.)

CORN. Cualquiera
es para mí bueno ahora.
LEON. Mas considerad, señora,
que comprometer pudiera
mi nombre.
CORN. Pues escuchad
cuál ha sido el interes
que aquí me trajo, y despues
de mi situacion juzgad.
Quince años contaba yo
cuando un ser, el más querido,
por la suerte perseguido,
su patria y su hogar dejó.
Causas que él no conocia,
de su casa le arrancaron:
pasaron meses, pasaron
años y él no parecia.
En tan triste situacion
consolaba el dolor mio,
ver que no estaba vacío
su sitio en mi corazon.
Algunos años viví
en ansiedad tan cruel,
hasta que noticias de él
por un fraile recibí.
¡Bien haya la caridad
que á nadie cierra su puerta!
¡Bien haya quien tiene abierta
al pobre la voluntad!
A mi puerta se acercó
un humilde franciscano:
puso una carta en mi mano,
y al marchar, así me habló:
—«Vengo de Ferrara, vi
al ser que tanto quereis;
si á salvarle no correis,
su perdicion está allí.
Ved: esta carta os envia
que yo en vuestras manos dejo:
¿quereis oir mi consejo...?

id á salvarle, hija mia.»—
(Sacando una carta.)
Esta es la carta.

LEON. ¿Y quien es,
quien la escribió?

CORN. Perdonad.
Ahora la carta escuchad:
su autor lo sabreis despues.
(Leyendo la carta.)
«Cornelia: Italia me aclama
como su gloria mayor:
el mundo génio me llama;
pero ¡ay...! mayor que mi fama
todavía es mi dolor.
No creas, si hasta tu oido
llegaron las dichas mias,
que ingrato contigo he sido...
Cornelia, es que no he querido
amargar tus alegrías.
Todos cuantos me rodean
en mi servicio se emplean;
pero mi desdicha es tal,
que aun los que mi bien desean,
son ocasion de mi mal.
Solo entre los hombres vivo
y sus aplausos esquivo
por esquivar mi tormento,
pues ni entienden lo que escribo,
ni adivinan lo que siento.
En mi amarga soledad
solo existe una beldad
que me comprende, y el mundo
puso entre ella y yo, un profundo
abismo de vanidad.
El mundo me quiere hacer
grande, y pretende impedir
que ame á una grande: esto es ser
pequeño para el placer
y grande para el sufrir.
Si hay alguien que con empeño,

causa á mi dolor demande,
dile que á sufrir enseño
la desdicha de ser grande,
y el dolor de ser pequeño.
Muchas veces he intentado,
dando tregua á mi dolor,
correr, Cornelia, á tu lado;
pero ¡ay...! me tiene amarrado
en sus prisiones Amor.
No tengo fuerzas: mi estrella
es amar... y ella es tan bella,
que á su amor mi dicha inmolo;
porque si me aparto de ella,
me quedo en el mundo solo.
Perdona, Cornelia mia;
pero á tal llega el estremo
de esta soledad impía,
que hasta las desdichas, temo
que huyan de mi compañía;
por eso desconfiado
soy, y por eso hasta tí
no corro, ven tú á mi lado,
y á este pobre desgraciado
podrás arrancar de aquí.
Ven, Cornelia, y tus enojos
para salvarme depon;
que en esta separacion,
si te olvidaron los ojos,
no te olvida el corazon.
Vente conmigo, y acaso
juntos, daremos los dos
de la dicha el primer paso:
Ven, te lo pide por Dios
el pobre Torcuato Tasso.»

LEON. ¡Tasso!

CORN. Tasso.

LEON. ¿Y vos le amais!

CORN. ¡Que si yo le amo...! Le adoro;
es mi dicha... es mi tesoro...
es...

LEON. ¡Callad, no prosigais!
CORN. Es...
LEON. ¡Callad!
CORN. ¿Os hacen daño
mis palabras?
LEON. (Desconcertada.) Sí... no... pero...
CORN. ¿Le conoceis?
LEON. Sí, y le quiero
yo tambien.
CORN. ¡Cariño estraño!
¿Sois su amiga, y no quereis
que le amen?
LEON. ¿Quién, yo...? No tal;
es que me duele su mal...
y esa descripcion que haceis...
CORN. Es suya.
LEON. Yo no sabia
sus penas... y la sorpresa...
proseguid, que me interesa.
CORN. ¿Mi amor?
LEON. No, vuestra osadía...
quiero decir, el valor
que necesitais tener...
para llegar... y vencer...
CORN. ¿Qué no vencerá el amor?
Y es tan poderoso en mí
su influjo, que me ha infundido
fuerzas...
LEON. Pero ¿habeis venido
á Ferrara sola?
CORN. Sí:
solo el amor me acompaña
en mi empresa, y con él sé,
que á Sorrento llevaré
á ese infeliz.
LEON. Os engaña
vuestro amor.
CORN. Y ¿quién podrá
oponerse?
LEON. Todos; pero

entre todos, el primero,
el mismo Tasso será.

CORN. No lo creais: de mí en pos
vendrá.

LEON. ¿Por qué?

CORN. Porque me ama.

LEON. Pero ¿y si hay aquí otra dama
á quien ame más que á vos?

CORN. No la hay.

LEON. En ese papel
pinta un amor desdichado.

CORN. Pero me llama á su lado
para que le libre de él,
y á mi lado olvidará
los encantos de esa ingrata,
y de un amor que le mata,
otro amor le librará.

LEON. Pero ¿qué mal os ha hecho
esa inocente mujer?
Bastante sufre al tener
su amor oculto en su pecho.
Vos sabeis cuánto dolor
causa en la ausencia un amante;
pero tenerle delante
sin poderle hablar de amor;
verle, beber en sus ojos
su pena, amarle, sentir
tanto como él, y sufrir
el rigor de sus enojos;
la frialdad de la calma
llevar en el rostro escrita,
y sentir cómo se agita
el amor que inunda el alma;
leer en su pensamiento
la más bella creacion,
y hallar en su corazon
la fuente del sentimiento;
verle sufrir y luchar
con su dolor, poseer
su ventura, y no poder...

y no podérsela dar...
¡Ah, señora! Eso es sentir
más que en una ausencia fiera;
quien sufre así, bien pudiera
enseñaros á sufrir.
De esa mujer que culpais
tal es la desdicha impía,
que por dichas tomaria
las penas que vos llorais.

CORN. Pero ¿quién es esa dama?

LEON. ¿No lo sabeis?

CORN. Solo sé
su nombre, y pronto sabré
si ama á Torcuato.

LEON. Sí le ama.

CORN. ¿Por qué, si tanto es su amor,
de ocultarlo ya no cesa?

LEON. Porque ella es una princesa,
y él un simple trovador;
y si su loco sentir
dijera, en el mismo instante
iria su pobre amante
á una cárcel á gemir.

CORN. Entonces... ¿por qué querer
que viva aquí desgraciado?

LEON. Porque le tiene á su lado,
porque le ama, y es mujer.

CORN. ¿Y le vais á revelar
mi intencion?

LEON. ¿Qué importaria
que supiera...?

CORN. Me odiaria.

LEON. ¿Y si no os pudiera odiar?

CORN. ¿Que no puede?

LEON. No hay rencor
en su alma, y aunque lo hubiera,
nada contra vos hiciera
si os tiene Torcuato amor:
pues tanto conozco ya
de esa dama el proceder.

que el disfraz podeis creer,
que por mi mano os lo da.
Vamos, venid á la fiesta:
disfraz os daré, y acaso
podais encontrar al Tasso.

CORN. (Aparte.)
¡Señor! ¿Qué mujer es esta?
(Se van por la derecha.)

ESCENA VIII.

El CONDE.

(Siguiendo con la vista á Leonora.)

¡Ah Leonora...! ¡Despreciado
por tí! ¡Por tí escarnecido...!
¡Cuánto rencor he tenido
en el corazon guardado!
(Alfonso sale por la izquierda.)

ESCENA IX.

ALFONSO y el CONDE.

ALF. Parece que á esa mujer
los mismos diablos la guardan:
los jardines recorrí
sin conseguir encontrarla,
y ni aun mis gentes han dado
con la misteriosa dama.

CONDE. No la buscarian mucho.

ALF. ¿Se habrá vestido de máscara?

CONDE. Ahora puede ser que sí;
hace un rato no lo estaba.

ALF. *¿Le* has hablado?

CONDE. No, señor;
mas sé nuevas de importancia.

ALF. Díme pronto lo que sabes.

CONDE. Sé que es Nápoles su patria;
que es bella como discreta.

ALF. Lo sé tambien: vamos, habla.
CONDE. (Aparte.)
No está muy enamorado
cuando á mis lisonjas calla.
¿Y sabeis tambien, señor,
que vino sola á Ferrara?
ALF. Lo sé.
CONDE. ¿Y que persigue á un hombre
de quien está enamorada?
ALF. Sí.
CONDE. Pero... ¿sabeis quién es
ese hombre?
ALF. Tasso.
CONDE. ¿Qué os falta
saber entonces?
ALF. El nombre
quiero saber de otra dama,
que tambien por Tasso siente
una pasion insensata.
CONDE. (Aparte.)
¡Hola...! ¡Bien, muy bien! Se viene
á mis manos la venganza.
ALF. ¿Qué dices, Conde?
CONDE. Yo... digo...
digo... yo no digo nada.
ALF. ¿Callas?
CONDE. ¡Es claro.!
ALF. ¿Es decir,
que sabes cómo se llama,
y no quieres...?
CONDE. Yo no he dicho,
señor, que sé una palabra.
ALF. No lo has dicho; pero dejas
que yo lo adivine: basta;
díme todo lo que sabes.
CONDE. Señor, hay cosas tan altas...
que un vasallo... dispensad...
ALF. Tu soberano lo manda.
CONDE. No puedo.
ALF. Pues si no puedes,

¿á qué esas medias palabras?
Desdicha es tener vasallos
que lo que le importa callan
á su señor, y le dicen
aquello que no le agrada,
adornando lisonjeros
el puñal con que le matan.
Miedo teneis de contarme
noblemente y en mi cara
lo que me importa saber;
y luego, con torpe infamia,
lo que en mi cara ocultais,
comentais á mis espaldas.

CONDE. Señor...

ALF. Silencio: no quiero
oir disculpas, ni que hagas
la relacion de una historia,
que de cierto será falsa.

CONDE. No, Gran Duque; yo os diré
la verdad: que no me falta
ni valor para decírosla,
señor, ni para callarla
á los demas, discrecion.

ALF. Está bien: mas si disfrazas
ó no dices lo que sabes;
si lo que sabes no callas
á los demas, ¡ay de tí...!
y ¡ay de quien sobre mi fama
intente poner mancilla!

CONDE. Oid, señor; vuestra hermana
ama al Tasso.

ALF. (Amenazador.) ¡Mientes, Conde!

CONDE. Os aseguro que le ama.

ALF. Pruebas...

CONDE. No las tengo: pero
en la amorosa campaña
que va á emprender, se hallarán
las pruebas que ahora nos faltan.
La estranjera se propone
que huya el Tasso de Ferrara.

ALF. Mas mi hermana...
CONDE. La Princesa
quiere impedir que se vaya:
ya veis, señor, que las pruebas
será bien fácil hallarlas.
ALF. Pero eso... ¿es cierto?
CONDE. Escuché
lo que aqui las dos hablaban.
ALF. ¿A dónde está la estranjera?
CONDE. Encubierta y disfrazada
con un traje de Leonora,
por estos jardines anda.
ALF. Está bien. Conde, es preciso
á todo trance buscarla.
CONDE. Se buscará: ¿nada más
teñeis que mandarme?
ALF. Nada.
El secreto...
CONDE. Seré un muerto.
ALF. Cuenta que lo eres ya si hablas.
CONDE. (Aparte.)
De ella estoy vengado, de él
estaré antes de mañana.
(El Conde se va por el fondo.)

ESCENA X.

ALFONSO.

¿Es posible tal amor
en ella, que es una santa?
¡Tendré pruebas...! Ni aun las pruebas
para convencerme bastan.
(Alfonso se va por la izquierda.)

ESCENA XI.

El TASSO, despues el CONDE y LUPO.

(El Tasso entra en escena lentamente y muy distraido: toda su figura revela gran melancolía.—Viene desde el fondo, y queda un momento contemplando los grupos de máscaras que cruzan la escena. Música dentro.)

¿Es ese el rey del mundo...? ¿Ese es el dueño
á quien debia obedecer natura...?
¿Es la imágen de aquella criatura,
que á morir vino en el Sagrado Leño? (Pausa.)
¡Mísera humanidad...! Con loco empeño
busco en el hombre de mi Dios la hechura,
y tal es su bajeza, ó tal mi altura,
que cuanto más le miro, es más pequeño.
¿Por qué á vivir, Señor, has condenado
este espíritu noble y sin mancilla
entre tanta miseria y maldad tanta?
Si he de estar de esas gentes rodeado,
ó mi altivez á su bajeza humilla,
ó su bajeza á mi altivez levanta.

(El Tasso entra en la gruta, y se sienta meditabundo. El Conde y Lupo han aparecido en el fondo al decir el Tasso los últimos versos, y vienen espiando sus movimientos.)

CONDE. (Animando á Lupo para que entre en la gruta.)
¡Vamos!

LUPO. (Aparte.) Me falta valor.

CONDE. La ocasion tienes delante.

LUPO. (Aparte.)
Soy malo, y este tunante
aun quiere hacerme peor.

CONDE. (Mirando con precaucion por entre las ramas que forman la gruta, y siempre con voz muy baja. El Tasso debe estar ya dormido.)
¡Ah...! ¡Duerme!

(Cogiendo á Lupo por un brazo.)

¿Tiemblas, villano?

LUPO. No; pero haced la señal. (Lupo saca el puñal.)

CONDE. Ven conmigo.

(Lo lleva á la puerta de la gruta.)

LUPO. (Aparte.) Este puñal
siento que abrasa mi mano.

CONDE. (Señalando al Tasso.)
¿Lo ves...? Asesta con tino
el golpe.

LUPO. (Con resolucion, despues de una breve pausa.)
Seré certero,
pues ya conoce mi acero
del corazon el camino.

(Lupo entra en la gruta con el puñal levantado, y cuando va á descargar el golpe reconoce al Tasso, y huye espantado.)

¡Ah...! ¡Tasso...! Nunca, jamás.

CONDE. ¿No le has muerto? ¡Vive Dios...!
¡Infame, que...!

(Echa mano á la espada, y se adelanta hácia Lupo con aire amenazador, el cual le espera con el puñal levantado.)

LUPO. Os mato á vos,
si avanzais un paso más.
Tan vil como yo soy, para
cubriros más de sonrojo,
con mi desprecio os arrojo
vuestro dinero á la cara.
Cumplid por otros caminos
vuestro designio malvado;
que el genio, Conde, es sagrado
aun para los asesinos.

(Lupo, que ha arrojado con desden el bolsillo que tomó en la primera escena, cruza por delante del Conde, y se va por la izquierda. El Conde queda aturdido un momento; pero despues coge el bolsillo y corre en persecucion de Lupo. El Tasso permanece inmóvil.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

El TASSO, MOSTI, ROSSI y varios embozados.

(El Tasso aparece en la misma postura que quedó al terminar el acto primero. Mosti, Rossi y los embozados entran por el fondo. Música.)

MOSTI. Por aquí debe estar. (A Rossi.)
Vos
marchaos por ese lado:
(Señalando á la derecha.)
yo me quedo aquí emboscado.
ROSSI. Está bien.
MOSTI. Vosotros dos
por la izquierda.
(Los dos embozados á quienes se dirige, se van por la izquierda.)
Es menester
que no abandoneis su huella.
(Se van por el fondo los demas embozados.)
Si ahora no damos con ella,
es que es bruja esta mujer.
Escondámonos, pues creo
que ya la traen hácia aquí:
cada uno á su puesto. (Se va por el fondo.)

ROSSI. A mí
no me hace gracia este ojeo.
(Se va por la derecha.)

ESCENA II.

EL TASSO.

Despues de una breve pausa levanta la cabeza como si acabara de despertar.)

Amorosos desvaríos
que en sueños feliz me haceis,
quedaos, si no temeis
la desdicha de ser mios.
Entre recuerdos sombríos
vivo cuando estoy despierto,
y en el árido desierto
en que el alma está sumida,
si amor no vive en mi vida,
me parece que estoy muerto.
¡Amor...! por tí de mi mente
surgieron cien sombras bellas,
reproduciéndose en ellas
la imágen de un ser viviente.
Como en la clara corriente
la luz hace aparecer
bajo cien formas un ser,
en mi claro pensamiento
alzarse en cien formas siento
la imágen de esa mujer.
Niño aun, soñaba yo
con la beldad peregrina
que una inspiracion divina
en mi mente dibujó.
En realidad se trocó
lo que de niño soñé,
y desde que contemplé
tan soberana belleza,
empapado en su grandeza,

en cosas grandes pensé.
Por tí la imaginacion
voló á una esfera ideal,
y en ella bebió un raudal
de sublime inspiracion.
Penetré en tu corazon,
y en él encontré los seres
de mi poema: tú eres
quien ya me dió dibujados,
mártires en los Cruzados
y ángeles en las mujeres.
Todo lo siento por tí,
por tí pienso y por tí escribo,
por tí muero y por tí vivo,
duélete ¡ingrata! de mí.
Si tú me comprendes, si
tú misma infundes valor
á mi pasion; si el temor
con que hablo te causa enojos,
¿por qué no brilla en tus ojos
una mirada de amor?

ESCENA III.

CORNELIA y el TASSO.

(Cornelia viene huyendo por la izquierda, y se dirige á la gruta: El Tasso sale á su encuentro.)

CORN. ¡Ah...! ¡Vienen...! ¡Favor...!
TASSO. Señora,
¿quién sois?
CORN. ¿Qué importa saber
quien soy...? Soy una mujer
que amparo de vos implora.
TASSO. No será de aquí, de donde
podais decir que un favor
habeis pedido á mi honor,
y mi honor no os responde.
¿Qué quereis?

CORN. Por gente audaz
acosada y perseguida
vengo.

TASSO. ¿Y sois tan conocida,
que no os basta el disfraz?
Entrad: yo os defiendo.

CORN. ¡Oh no...!
Solo estais.

TASSO. No tengais miedo,
que son cobardes, y puedo
con muchos cobardes yo.

ESCENA IV.

Dichos, MOSTI, ROSSI y los embozados.

(Rossi, Mosti y los embozados vienen por distintos lados: El Tasso se cubre el rostro con la capa y queda en la puerta de la gruta: Cornelia entra en ella.)

ROSSI. Yo creo que es la Princesa.

MOSTI. ¡La Princesa!

ROSSI. Yo la vi
con ese disfraz.

MOSTI. A mí
quién sea no me interesa.
Mirad bien.

ROSSI. Por aquí entró

MOSTI. No puede escaparse ya.

ROSSI. Pues adelante. (Se dirige á la gruta.)

TASSO. ¿Quién va?

ROSSI. ¿Y quién lo pregunta?

TASSO. Yo.

ROSSI. ¡Vos...! ¿Quién sois vos, señor mio.
para impedirme la entrada?

TASSO. Quien lleva en el cinto espada
y tiene en el pecho brio.

ROSSI. ¡Vive Dios...! que he de probar
si el paso me impedís vos.

TASSO. Pues pensad bien ¡vive Dios!

el paso que vais á dar.

ROSSI. La vida perder podeis
por un teson indiscreto.

TASSO. Puede ser; mas os prometo
que vos no la ganareis.

ROSSI. Pensad que es empeño loco
luchar con tantos.

TASSO. No es mucho
luchar, sabiendo que lucho
con los que valen tan poco:
pues las espadas son palos
en vuestras manos; sereno
os aguardo, que uno bueno,
vale más que muchos malos.

ROSSI. Mejor que tales alardes
obrarán nuestras espadas.

TASSO. Nunca fueron bien templadas
las armas de los cobardes.
(El Conde aparece en el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS y el CONDE.

MOSTI. Tengo órden...

TASSO. Pues si quereis
cumplirla, tened valor;
que yo os juro por mi honor
que de aquí no pasareis.

ROSSI. Este acero abrirá el paso
que vos nos quereis cerrar.

TASSO. Pues tendréislo que cruzar
con el de Torcuato Tasso. (Tasso se descubre, y todos quedan suspensos un momento.)
¿Qué esperais?

ROSSI. Nada.

MOSTI. (Aparte.) Aquí va
á pagarlas todas juntas.
(Todos acometen de frente al Tasso, menos Mosti, que se retira á la izquierda, y el Conde que observa desde el fondo.)

TASSO. ¡Infames!

MOSTI. (Aparte.) En viendo puntas
yo no sé lo que me da.

(El Tasso va ganando terreno hasta llegar en medio de la escena: los demas se baten en retirada, y algunos huyen por la izquierda. El Conde, desde el fondo, viene con el puñal en la mano á colocarse detras del Tasso.)

TASSO. ¡Ah miserables...! ¿Por qué
huís de uno solo?

ROSSI. Estamos
perdidos.

MOSTI. ¿Sí...? pues huyamos.

CONDE. (Aparte.)
Cuando le mate huiré.

(El Conde levanta el puñal sobre el Tasso, y en el mismo momento sale Cornelia de la gruta y lo arranca de sus manos.)

CORN. ¡Asesino!

(Alfonso aparece en el fondo y todos huyen con precipitacion por la izquierda, menos Cornelia, que se va por la derecha.)

ALF. ¡Traidor!

CONDE. ¡Ah...!

TASSO. Miserables, ¿por qué huís?

ALF. Como traidores reñís.

TASSO. Señor...

ALF. Tasso, basta ya.

ESCENA VI.

ALFONSO y el TASSO.

ALF. ¿Qué es esto...? Envainad la espada
y decidme: ¿quién osado
en mi presencia ha olvidado
que esta mansion es sagrada?
¿Callais?

TASSO. Señor, ¿qué podré
deciros...? De un homicida
salvó esa mujer mi vida.

ALF. ¿Y quién era?
TASSO. No lo sé.
Leal á mi protector,
si en su casa me batí,
de su casa defendí
el decoro y el honor:
y porque en vos me ofendieron,
por vos contra ellos luché,
y no los maté, porque
eran cobardes y huyeron.
Si por eso he delinquido,
castigo me podeis dar.
ALF. No; que antes de castigar
quiero saber lo ocurrido.
TASSO. Esa mujer, acosada
por una turba insolente,
contra tan cobarde gente
amparo pidió á mi espada:
y yo se lo dí, señor;
que la que aquí vino á ser
honrada, no ha de volver
á su casa sin honor.
ALF. ¡Y por eso en mi presencia
os batís...! No merecia,
Tasso, tal galantería
el honor de una pendencia.
TASSO. Como vos decís será,
pero yo tengo aprendido
que al que ampara á un desvalido
otro nombre se le da.
Dar favor á una mujer
por turba vil acosada
no es entre la gente honrada
galantería, es deber:
y si como aquí he luchado
luchara en la patria mia,
os juro que allí seria
simplemente un hombre honrado.
Quién es y cómo se llama
la dama, ignoro, señor;

mas á defender su honor
bastó que fuera una dama.
y cuando la espada aquí
saqué, no pude pensar
que á estar vos en mi lugar
no obrárais tambien así.

ALF. ¿Y sabes, Tasso, si en pos
de esa dama van, porque
otro se lo manda?

TASSO. Sé
que ese otro no fuísteis vos:
y como yo no respeto
en casos de honor más leyes
que los actos de los Reyes,
á vos solo me someto;
pues basta saber que no
fuísteis vos quien mandó hacer
la infamia, para saber
que es bueno lo que hice yo.

ALF. ¿Y si yo hubiera querido
eso que tu honor deplora?

TASSO. De lo que antes hice, ahora
no estaria arrepentido.
Vos, señor, sois el espejo
donde este pueblo se ve;
Gran Duque, no olvideis que
será de vos el reflejo.
Si grande lo deseais,
si virtudes y heroismo
quereis que tenga, vos mismo
es preciso que lo hagais.
De vos es retrato fiel,
en vuestros actos se inspira,
y lo que hace su Rey mira,
porque lo quiere hacer él.
Ved con ánimo sereno
el peligro que os señalo;
pues cuando el que manda es malo
el que obedece no es bueno.

ALF. Pero, ¿y si yo no siguiera

tus consejos?

TASSO. Emigrara
de la corte de Ferrara
y á otros Estados me fuera.

ALF. ¿Quieres marcharte?

TASSO. Señor,
si me voy, vencer no puedo
mi desdicha; y si me quedo
es mi desdicha mayor.
Con la muerte me convida
Ferrara, y es tal mi suerte,
que si quiero huir la muerte,
tengo que huir de la vida.

ALF. Pobre y solo habeis venido
á mis Estados, yo os dí
fama y honores, y en mí
un amigo habeis tenido.
A mi puerta llamó un dia
el génio, abrísela yo,
y desde entonces se unió
vuestra gloria con la mia.
Aquí como preso estais,
pero dueño sois; haced
lo que querais, y tened
por vuestro cuanto pidais.
A donde vayais, en pos
vuestra hallareis servidores,
y si codiciais honores
honrados serán en vos.
Vuestra fama esclarecida
con mis favores exalto:
si aun quereis subir más alto,
id pensando en la caida.

TASSO. Pues lejos de aquí...

ALF. Callad.
Gente viene... es Leonora.
Dejadnos, y desde ahora,
en mis palabras pensad.

(El Tasso se vá por el fondo: Leonora viene por la derecha.)

ESCENA VII.

ALFONSO y LEONORA.

ALF. ¿Leonora?
LEON. (Sorprendida.)
¡Quién...! Alfonso,
¿eres tú...?
ALF. ¿Por qué te alteras?
¿Temes algo?
LEON. Quién, ¿yo? Nada.
ALF. ¿Nada?
LEON. Nada: la sorpresa...
creí estar sola, y... pensé...
ALF. ¡Pensaste...! Sé en lo que piensas:
sé que en la corte murmuran,
y sé que las apariencias...
LEON. (Resentida.)
¡Alfonso...!
ALF. A veces engañan;
pero otras veces aciertan.
LEON. ¿Has olvidado quién soy?
ALF. ¡Así olvidarlo pudiera!
LEON. ¿Dudas de mi honradez?
ALF. No.
LEON. ¿Es que con traidora lengua
á mi honor se atreven?
ALF. Calla:
que si alguno se atreviera,
¡juro á Dios, que sus palabras
llegarán al labio muertas!
LEON. ¿Pues qué sabes?
ALF. Sé, Leonora,
que ignoras las exigencias,
que el mundo impone á los nobles
con el carácter de deudas.
Las pasiones, Leonora,
con la voluntad se templan,
y ante la razon de Estado,

toda razon es pequeña.
Ama en buen hora; pero ama
cual conviene á una princesa,
y pon tu amor en un hombre
que digno de tu amor sea.

LEON. Alfonso, oyéndote estoy,
y te aseguro que apenas
dan crédito mis oidos
á lo que dice tu lengua.
Si esperas de mí disculpas,
te advierto que en vano esperas;
pues quien nunca ha delinquido,
no necesita defensa.

ALF. Quiero saber la verdad.

LEON. ¿Quieres...? Pues vas á saberla.
Amo á un hombre; mas si ese hombre
indigno de mi amor fuera,
para arrojarlo del alma,
aun tiene tu hermana fuerzas.

ALF. ¿Y si estuviera su imágen
en tu corazon impresa...?

LEON. El corazon me arrancara
para que en mí no estuviera.

ALF. ¿Y quién es ese hombre?

LEON. El Tasso.

ALF. En poco tu nombre aprecias,
cuando de tan alto, bajas
hasta el amor de un poeta.

LEON. Amor no entiende de clases,
ni conoce más nobleza
que la que dentro del alma
escrita los hombres llevan.
Por eso en mi corazon,
al comprender su grandeza,
se engendró ese amor sublime
que la admiracion engendra;
pues de tal modo mi pecho
por lo noble y grande alienta,
que á otro ser más grande amara,
si otro ser más grande hubiera.

ALF. Pero ¿y la corte?
LEON. Es la corte
tan tirana y tan pequeña,
que al genio le falta el aire
y asfixiado muere en ella.
ALF. Vence tu pasion, que al fin
es ilusion pasajera,
y como ilusion, se borra
con el tiempo y con la ausencia.
LEON. ¡Borrarse...! ¿Quién ha borrado
del primer amor las huellas?
ALF. Pues te advierto, Leonora,
que si en proseguir te empeñas
la lucha que has emprendido
con cierta dama estranjera,
tú y el Tasso sentireis
las terribles consecuencias
de mi enojo.
LEON. ¡Alfonso!
ALF. Basta:
quiero hablarte con franqueza.
No saldrá el Tasso de aquí,
porque á su gloria sujeta
está la mia; tampoco
consentiré que se atreva
á tu amor, y si su orgullo
hasta el estremo le ciega
de alcanzar por el escándalo
lo que la razon le veda,
prisiones hay en Ferrara
que sabrán guardar secreta
su pasion. (Se dirige á la derecha.)
LEON. ¿Qué vas á hacer?
ALF. Adios, Leonora; piensa
en lo que os puede pasar
si ambos no teneis prudencia. (Se va.)

ESCENA VIII.

LEONORA.

Amor...! Dulce consuelo
del desdichado que en silencio gime:
luz para el ciego, bálsamo sublime
que las heridas y las penas calma;
escala misteriosa
para subir desde la tierra al cielo;
raudal de bienes que fecunda el alma.
¡Oh amor...! Si tanto vales,
si tanto poder tienes,
si eres para otros manantial de bienes,
¿por qué eres para mí fuente de males?

ESCENA IX.

TASSO, LEONORA, y despues CORNELIA.

TASSO. Señora...
LEON. (Turbada.) ¡Ah...! ¡Vos...!
TASSO. A mi oido
ecos de dicha han venido;
y tan fuera de mí estoy,
que no sé si soy quien soy,
ó soy lo que siempre he sido.
LEON. ¿Me oísteis?
TASSO. No sé; dormia,
y con mis penas soñaba,
cuando una dulce armonía
oí, que en placer trocaba
mi eterna melancolía.
Almas que con santo anhelo
al cielo alzásteis el vuelo,
venid y contad por mí
cómo yo en la tierra fuí
desde el purgatorio al cielo.
Solo el dolor y el placer

vuestros, podrian contar
cómo se puede pasar
de tan hondo padecer
á tan sublime gozar.
¡Oh...! Decidme, Leonora,
si aquel mágico concierto
fue ilusion engañadora;
esplicadme vos, señora,
si estoy soñando ó despierto.
Vuestras palabras oí,
y tan venturoso fuí
escuchándolas, que creo
que ha fingido mi deseo
tanta dicha para mí.
¿Callais? Hablad como hablábais
hace un momento, pues yo
oí decir que me amábais.

LEON. ¡Yo amaros...! ¡Yo amaros...! ¡Oh!
soñábais, Tasso, soñábais.

TASSO. ¡Soñaba...! ¡Soñaba...! ¡Fue
tan desdichada mi suerte,
que fingí lo que gocé...!
¡Y es esta la mujer fuerte
que en mis sueños admiré!
No, que vos podeis fingir
y ocultar una pasion...

LEON. ¡Tasso! ¿qué vais á decir?

TASSO. Que la que sabe mentir
no es digna de admiracion.

LEON. Tal vez soñábais ahora
con los amantes despojos
de un poema, y os da enojos...

TASSO. Ese poema, señora,
está escrito en vuestros ojos.

LEON. ¡En mis ojos...! Delirais.

TASSO. Decidme que no me amais:
sí; yo os adoro, miradme, (Cae de odillas.)
ofendeos, arrojadme...

LEON. Soñais, Torcuato, soñais.

TASSO. Si sueño, decidme vos

que no me amais.

LEON. Me dais miedo.

TASSO. Que hay un mundo entre los dos;
¡pero decidme, por Dios,
algo!

LEON. No puedo, no puedo.

TASSO. ¿Quereis que me vaya?

LEON. Sí.

TASSO. ¡Adios...!

LEON. No salgais de aquí.

TASSO. ¿Me amais?

LEON. ¡Yo! ¡Qué desvarío!

TASSO. ¿Me aborreceis?

LEON. ¡Oh Dios mio!
¡Tened compasion de mí!

TASSO. ¡Cuánto padeceis, señora!

LEON. ¡Dejadme, Tasso, por Dios!

TASSO. Solos estamos los dos;
hablad.

LEON. No puedo.

TASSO. En mal hora
puse los ojos en vos.

LEON. Idos, dejadme.

TASSO. Me iré:
lejos de aquí buscaré
la paz que mi pecho ansía;
mas de la desdicha mia,
las memorias dejaré.
Mi amoroso sentimiento
os dirá con triste acento
el corazon, y al oido
irá con cada latido
la voz de un remordimiento.
Y esas plantas, y esas flores,
y esa cristalina fuente,
en vuestras horas mejores
os contarán tristemente
la historia de mis amores.
Y el eco manso y callado
de la brisa lisonjera,

en lágrimas empapado,
traerá á vuestra cabecera
las quejas de un desdichado.
Y al canoro ruiseñor
que con dulces melodías
canta desdichas de amor;
le diré las penas mias,
y cantará mi dolor.
Y el arroyuelo de plata
que esa beldad y ese orgullo
en su corriente retrata,
con su apacible murmullo
os acusará de ingrata.
Y estos árboles que ven
vuestro fingido desden,
si no se han secado al veros,
con suspiros lastimeros
os acusarán tambien.
Por todas partes, airado
saldrá el eco dolorido
de este amante desdichado,
y os recordará al oido
el mal que me habeis causado.
¡Adios, Leonora, adios...!
Vuestro orgullo entre los dos
se ha puesto; pero si os pierdo,
de mi pasion el recuerdo
quedará siempre con vos.
¡Ingrata, adios...!

LEON. Sed dichoso
adonde vayais.

TASSO. ¡Oh, sí!
Seré dichoso, que allí
está la paz, el reposo
y un ángel que ora por mi.

LEON. ¡Un ángel!

TASSO. Una mujer
que con lágrimas me llama
á su lado, si, que me ama,
y que para mí ha de ser

una madre y una dama.

LEON. ¡Una mujer! ¡Ah...!

TASSO. En sus brazos
me estrechará sin rubor,
y dando tregua al dolor,
me libraré de los lazos
de este vergonzoso amor.

LEON. ¡Oh...! ¡Nunca...! ¡Jamás...!

TASSO. ¡Señora!

LEON. Nunca lo consentiré.

TASSO. ¿Por qué?

LEON. ¡Que por qué! porque
os amo yo más.

TASSO. ¡Leonora!
al fin...

LEON. Al fin me humillé.
Si resistí con valor
vuestro enojo acusador
y hasta el dolor de perderos,
vencida he quedado al veros
en los brazos de otro amor.

TASSO. ¡Oh...! ¡Me amais...!

LEON. Pero, callad,
pues os prenden sin piedad
cuando el secreto comprendan.

TASSO. ¿Qué importa que el cuerpo prendan,
si el alma está en libertad?
Con frente altiva y serena
arrastraré mi cadena
en una oscura prision;
que amándome vos, no hay pena
que asuste á mi corazon.

LEON. No os veré.

TASSO. Apartarán
la luz de nuestros sentidos;
pero apartar no podrán
dos corazones, que unidos
por lazos de amor están.
Fuego sagrado es amor
que con dulce resplandor

calienta y alumbra; ciego
será el que intente del fuego
separar luz y calor;
y en vano querrán, en vano
apagar con torpe mano
fuego que el amor atiza.

LEON. ¡Ay, Tasso! Tarde ó temprano,
si es fuego, será ceniza.

TASSO. No hay quien comprenda en la tierra
el sentimiento que encierra
esta sublime pasion;
por eso tan cruda guerra
hacen á mi corazon.
Pero si la sociedad
con injusta crueldad
nuestra union quiere impedir,
siquiera para sentir
nos dejará libertad.
Y el eco de mis canciones
dirá á las generaciones
futuras, cuánto dolor
han sufrido por su amor
estos pobres corazones.
Yo pintaré, Leonora,
la constancia que atesora
tu querer y mi querer,
y haré de tí una mujer,
desconocida hasta ahora.
Modelo tendrán en tí
las mujeres que imitar,
y yo me podré alabar
de que amando, conseguí
el premio del bien amar.
Y si mi ambicion no abarca
del genio el laurel brillante,
sabré imitar en lo amante
los sonetos de Petrarca
y las canciones de Dante.
Y las gentes que vendrán
en nosotros buscarán

tipos de amor infeliz,
y á Leonora pondrán
junto á Laura y Beatriz.

LEON. (1) "!Oh Tasso! ¡Callad, callad!
,,en mi triste soledad
,,dejadme; porque no puedo
,,oir sin pena y sin miedo
,,tan grande felicidad.
,,Yo no aspiro á merecer
,,gloria, me basta tener
,,de honradez fama notoria:
,,no junteis á vuestra gloria
,,el nombre de una mujer;
,,pues como la desventura
,,prenda es del genio segura,
,,la historia siempre diria
,,que fue vuestra la amargura,
,,mas que la culpa fue mia.
,,Por eso alcanzar no intento
,,la gloria de ser cantada
,,por vos; basta á mi contento
,,vivir en el aislamiento,
,,ni envidiosa ni envidiada.
,,Amar en plácida calma
,,es lo que el alma desea;
,,amadme así, y que no vea
,,la dicha que goza el alma
,,el mundo que nos rodea.
,,Y como la humilde flor,
,,que entre peñas escondida
,,guarda su aroma mejor,
,,guardaré en oculta vida
,,el aroma de mi amor."

TASSO. ,,¿Cómo oculto he de tener
,,en el alma este placer,
,,si sus alegres despojos
,,juguetean en mis ojos

(1) Todo lo que va entrecomado puede suprimirse en la representacion.

,,para que los puedan ver?
,,No hablaré yo; más por mí
,,dirá á todos mi alegria
,,que ya no soy el que fuí,
,,y que en las tinieblas ví
,,la luz del más claro dia.
,,Y en vano querré tener
,,oculto el goce que siento;
,,pues mis ojos, y mi acento,
,,y todo, todo mi ser
,,revelará mi contento.
,,Y cuando cante, ni enojos
,,verán, ni penas, ni agravios,
,,que eran de mi mal antojos,
,,y en vez de llanto á los ojos
,,sonrisas daré á los labios.
,,De vuestro amor siempre en pos
,,para vos vivo y por vos;
,,pues tal es la pasion mia,
,,que á no saber que hay un Dios,
,,como á Dios os amaria.“
Por vos vivo y por vos muero,
y pues ya soy prisionero
de amor, ¿qué importa...?
(Aparece Cornelia por la derecha con antifaz.)

LEON. ¡Callad...!
¡Adios...! (Se va por el fondo.)

TASSO. (Siguiéndola.) Señora, esperad...
¿Leonora...?

CORN. (Deteniéndole.) ¡Caballero...!

ESCENA X.

CORNELIA y el TASSO.

CORN. Esperad, Tasso.

TASSO. Señora,
¿quién sois?

CORN. Quien por vuestra dicha
vino aquí.
TASSO. ¡Por mí!
CORN. Por vos.
TASSO. Descubríos.
CORN. No: podria
deciros mi rostro cosas,
que yo no quiero que diga.
TASSO. ¿Me conoceis?
CORN. No lo sé:
hace tiempo os conocia;
pero ahora de tal suerte
os han puesto las desdichas.
que no sé si sois aquel
que yo conocí otros dias
más venturosos.
TASSO. ¡Mis penas
conoceis...! ¿Quién de mi vida
os ha hablado?
CORN. No es difícil
tener del Tasso noticias:
Italia entera conoce,
Torcuato, la red maldita
en que estais aprisionado,
é Italia entera pública
al lado de vuestro nombre
el de la princesa altiva...
TASSO. ¡Silencio...!
CORN. ¿Ocultar quereis
un amor que es vuestra vida?
Si no supiera que há tiempo
en la corte estais, creeria
que de Sorrento á Ferrara
llegásteis hoy.
TASSO. Mis desdichas
me sacaron en mal hora
de la hermosa patria mia.
CORN. ¿Por qué no volveis al pueblo
que su dulce paz os brinda?
TASSO. Soy un pobre trovador

que con el mundo se inspira,
y que en su mismo infortunio
prctende encontrar su dicha.
El amor me hizo poeta,
dejadme quc amando viva
para morir como el fénix
cantando entre mis cenizas.

CORN. ¡El amor...! ¡Todo al amor...!
Nada á la tierra quc un dia
os vió nacer: ¿olvidais
quc vicnc vuestra familia
dc un pais á donde el genio
de los poctas se anida?
Cuna de vuestros abuelos
fue aquclla tierra bendita,
que Virgilios y Petrarcas
otros tiempos producia.
Poeta fuc vuestro padrc;
en un jardin de delicias
nacísteis, y vuestra patria,
patria es dc la poesía.
Ni los versos dc Bernardo,
ni las sublimes caricias
dc una madre, ni el recuerdo
de aquclla mansion querida
que en vuestros primcros años
feliz con vos se creia,
nada ha podido alcanzar
lo que esa pasion mezquina.
¡Todo al amor lo debeis...!
Mentira, torpe mentira...
al suelo que os vió nacer,
al padrc que os dió la vida,
y sobre todo á la madre,
quc ya cn su seno sentia
vuestra grandeza, dcbeis
esa inspiracion divina.
Las grandes madres han hecho
los grandes hijos: ¡maldita
sea la gloria del hombre

que de su madre se olvida!

TASSO. ¡Oh mujer...! Mujer, ¿quién sois?
¿Quién os ha dado noticias
de este pobre desdichado?

CORN. Me engañé: ¡ingrato! creia
que en vuestro pecho, aun del bien
germinaba la semilla;
pero ¡ay! ahora me convenzo
de que esa alma está marchita,
cuando á la voz de una madre
no responde.

TASSO. (Conmovido.) ¡Madre mia!

CORN. De una madre, que por todos
agobiada y perseguida,
en el silencio del claustro
buscó una muerte tranquila.

TASSO. ¡Oh...! Quiero saber quién sois.

CORN. Miradme. (Se descubre.)

TASSO. (Con uncion religiosa.)
¡Madre bendita!
¿Quién es esta aparicion
que desde el cielo me envias,
y que contemplan mis ojos
con tu imágen revestida?

CORN. Soy la sombra de tu madre.

TASSO. ¡Oh...! ¿Qué estraña simpatía
es esta, que solo al verte,
en mi corazon germina?

CORN. ¿Te acuerdas de mí?

TASSO. Me acuerdo
de que en mi niñez un dia
me despedí de mi madre...
¡Oh qué triste despedida!
Me acuerdo de que su rostro
al vuestro se parecia
tanto, que, á vivir, creyera
que érais vos mi madre misma:
me acuerdo que la fortuna,
casi niño todavia,
me separó de sus brazos:

no olvidaré mientras viva
aquellos dulces adioses,
aquella oracion tiernísima,
que el viento compadecido
tristemente repetia,
y aquellos besos mezclados
con lágrimas y caricias.
¡Ay, madre! Lazos tan tiernos
la última vez me oprimian;
por última vez gozaba
de sus amantes sonrisas.
Murió mi madre..., despues...
todo en el mundo se olvida.
Vine aquí, y aquí no sé
lo que me pasa.

CORN. La altiva
frente alzad, que de vos, Tasso,
tal humillacion no es digna.
Lejos de aquí, en vuestra patria
hay una humilde casita
que abrigo y paz os dará
el resto de vuestros dias.
Allí está vuestra Cornelia,
que con su cariño os brinda,
y á su lado pasará
vuestra existencia tranquila.

ESCENA XI.

Dichos y LEONORA.

(Leonora aparece en el fondo con antifaz.

TASSO. ¡Oh Cornelia! De ella habladme,
haced que en mi alma reviva
una pasion que es mayor
cuanto está más escondida.

(Van apareciendo en el fondo y en la izquierda varios caballeros.)

LEON. (Aparte.)
¡Se aman!
CORN. ¿La amais mucho?
TASSO. Sí.
¿Conocéisla?
CORN. Conocíla
mucho: venid al hogar
á donde Cornelia habita,
y allí encontrareis de cierto,
la paz tan apetecida
por vuestro pecho.
TASSO. ¡Oh, sí, sí!
Allí está la poesía,
allí está el amor.
LEON. ¡Ah, cielos!

(Leonora, al ver los caballeros, se oculta en la gruta. A la esclamacion de Leonora se vuelven rápidamente Cornelia y el Tasso, y ven la gente que los rodea.)

TASSO. ¡Huid!

(Cornelia va á refugiarse en la gruta, pero ve á Leonora, y se oculta entre los árboles de la derecha.)

CORN. ¡Ah!

(El Tasso, que supone que Cornelia se ha refugiado en la gruta, se coloca en la puerta dispuesto á defender la entrada.)

ESCENA XII.

El TASSO, el CONDE, MOSTI, ROSSI y varios caballeros. —LEONORA permanece en la gruta hasta que la accion exija su salida.

MOSTI. ¡La fugitiva!
ROSSI. ¡Por aquí!
MOSTI. ¡Por allí!
ROSSI. Está
en la gruta.
TASSO. Pues advierto,

que el que avance un paso es muerto.

CONDE. (Aparte.)
Ahora no se escapará:
Alfonso quiere saber
quién es la tapada.

TASSO. ¿Sí...?
Pues que venga Alfonso aquí,
que vos no la habeis de ver.

MOSTI. ¿Las órdenes no acatais
del Gran Duque?

TASSO. Si él viniera,
al mismo Duque dijera...

ESCENA XIII.

Dichos, ALFONSO, JULIO, MOSTI y COCCAPANI: despues CORNELIA.

ALF. ¿Qué Tasso...? ¿Por qué callais?
Yo soy: hablad... ¿Qué temeis?

TASSO. No temo; pero, señor,
este es un lance de honor,
y siento que en él medieis.
Hoy mi palabra he empeñado.

ALF. ¿Con quién?

TASSO. Con una mujer.
Decid vos qué debo hacer
si he de cumplir como honrado.
A obedeceros me llama
mi deber, mi honor me impide
hacerlo; ¿qué se decide
entre su Rey y su dama?

ALF. ¡Dama!

TASSO. Se vino á amparar
y ha confiado su honor
en mi palabra, señor,
¿qué haríais en mi lugar?

ALF. Obedecer, es la ley
de todo buen caballero.

TASSO. El honor es lo primero:

mi honra está sobre mi Rey.

ALF. Dejadme el paso.

TASSO. Jamás.

ALF. ¡Dejádmelo, ó vive Dios...
que yo sabré...!

TASSO. Ni aun á vos
os dejaré el paso: ¡atras...!
(Mete mano á la espada.)

ALF. ¡Contra mí el acero! ¿Qué es
lo que intentas?

TASSO. Vais á verlo:
desenvainarlo, romperlo... (Lo rompe.)
y arrojarlo á vuestros pies. (Lo arroja.)
Honrado lo recibí
de mi padre, honor le obliga;
no habrá ninguno que diga
que está deshonrado en mí.
Sobre la cruz de esa espada
un juramento presté,
y rota está mejor, que
por el perjurio manchada.
No sacarla prometí
contra el Rey ni contra Dios;
ahí la teneis, juzgad vos
si cumplo lo que ofrecí:
pero tambien he jurado
amparar á la mujer.

ALF. ¿Qué hareis?

TASSO. Cumplir mi deber:
que el juramento es sagrado.
Poder teneis y valor;
yo no os dejaré pasar;
y pues me podeis matar,
no me deshonreis, señor.

ALF. No morireis.

TASSO. Os advierto,
si matarme no quereis,
que de aquí no pasareis,
si no pasais sobre un muerto.

ALF. Prendedle.

LEON. (En la gruta.) ¡Dios mio!
TASSO. Atras.
ALF. Entrad.
TASSO. Para quien tal haga,
aun tengo en el cinto daga.
ALF. Prendedle.
LEON. No puedo más. (Sale Leonora de la gruta, y se coge del brazo del Tasso.)
TASSO. (Cruza la escena con Leonora del brazo.)
Venid.
LEON. (Aparte al Tasso.) ¡Salvadme, por Dios!
(Cornelia aparece entre los árboles de la derecha sin ser vista de nadie.)
ROSSI. (Aparte á Mosti.)
¿No lo dije...? Es la Princesa.
MOSTI. Parece...
ROSSI. Su ropa es esa
al menos.
CORN. (Aparte.) ¡Se aman los dos!
CONDE. (Aparte á Alfonso.)
Señor, la gente murmura.
ALF. ¿De qué?
CONDE. La cosa es bien llana.
¿No habeis visto á vuestra hermana...?
Ese traje... esa estatura...
ALF. Ahora, señora, os pido
que el rostro descubrais, pues
en estos momentos es
mi honor el comprometido.
Os lo pide por favor
un soberano.
TASSO. Mostrad
el rostro.
LEON. (Aparte al Tasso.) No: ¡por piedad...!
Que me va vida y honor.
ALF. Con el silencio obligais
á mayor descortesía.
LEON. (Al Tasso.)
¡Oh! ¡Por la Virgen María...!
¡Por Dios, no me descubrais!

ALF. Tasso, quiero conocer
vuestra dama.

LEON. (A Tasso.) En vos confio.

CORN. (Aparte.)
¡No le abandoneis, Dios mio!

TASSO. Gran Duque, no puede ser.

CONDE. (A Alfonso.)
Murmurando están, señor.

ALF. ¿Y si es ella?

CONDE. De seguro
no es vuestra hermana.

ALF. (Indeciso.) ¡Qué apuro...!
Haz lo que quieras.

CONDE. (Aparte.) Valor.
Señora, pues ocultais
vuestro rostro al soberano,
yo arrancaré con mi mano
la máscara que llevais.

(Arranca el antifaz á Leonora, y en medio de la sorpresa general, Cornelia aprovecha la ocasion y entra en la gruta.)

TODOS. ¡Ah...!

TASSO. ¡Miserable...! ¿Qué has hecho?

CONDE. Cumplir con mi obligacion.

TASSO. El cobarde corazon
te arrancaré yo del pecho.
(Acomete y hiere al Conde.)

CONDE. ¡Ah!

ALF. ¡Leonora...!

LEON. (Al Tasso.) ¡Amparadme!

TASSO. (Aparte.)
¡Ella...! ¡Dios mio! ¿qué haré...?

MOSTI. (Reconociendo al Conde.)
Mal herido está.

ALF. (Aparte.) Tendré
que disimular.

LEON. (Al Tasso.) ¡Salvadme!

(Se llevan al Conde. Alfonso coge á Leonora del brazo y la arrastra hasta el centro de la escena. El Tasso queda á la izquierda con la vista fija.

en el suelo: Julio Mosti y Coccapani permanecen á su lado: los demas reconcentran su interes en Leonora.)

ALF. (Aparte á Leonora.)
Habla presto.

LEON. (Aparte.) Me da miedo.

ALF. Habla; cuenta tus agravios:
mira que tengo en tus labios
mi honra.

LEON. No puedo, no puedo.

ALF. (Alto.)
Habla, defiéndete, piensa
que en riesgo pones tu honor.
¿Callas...?

CORN. (Saliendo de la gruta.)
Y hace bien, señor,
que no há menester defensa.
Y si quisiérais saber
por qué esa dama se oculta,
preguntadlo á quien insulta
y persigue á una mujer.
Preguntad, si os interesa,
á esos que oyéndome están;
pues yo sé que ellos podrán
dar razon de tal empresa.
Dirán que favor pidió
contra tan vil desafuero
al único caballero
que en vuestra corte encontró.

ALF. ¿Por qué callar?

CORN. No me hagais
que hable mucho; pues diré
ciertas cosas que yo sé,
y vos no las ignorais.
Al callar, bien sabe Dios
que su gran prudencia sella;
pues lo que es defensa en ella,
es vergüenza para vos.

TASSO. ¡Sangre destila el puñal...!
¡De sangre estoy salpicado...!

¡Maté á un hombre desarmado...!
¡Oh...! ¡Yo soy un criminal!
Prendedme, matadme; pero...
¡no me mateis! ¿Qué seria
de tí, dulce prenda mia,
de tí, por quien vivo y muero?

ALF. ¿Tasso...?

TASSO. ¡Tasso...! Conocí
á un poeta... sí... á Torcuato...
Era un sublime insensato...
¿No...? Yo aseguro que sí.

MOSTI. Loco está.

CORN. ¡Loco!

TASSO. Los dos
nacimos juntos... vivimos
juntos... Despues nos unimos
en la presencia de Dios.
Vedla todos: es mi esposa,
que tras ausencia tan larga,
viene en hora bien amarga...
Pero ¡ay! ¡viene tan hermosa...!
¿No es verdad, luz de mis ojos,
que es nuestra pasion bendita
flor que se agosta y marchita
en este campo de abrojos?
¿No es verdad que este amor es
firme y solitaria roca
donde el mar del mundo choca
y se estrella á nuestros pies?
Ven, amor mio, á mis brazos,
y unidos así los dos,
solamente Dios, que es Dios,
podrá romper estos lazos.
Ven... ¿Huyes...? ¿Tambien el dolo
y el engaño están en tí...?
¡Ay! ¡Desdichado de mí!
¡Solo...! ¡Solo...! ¡Siempre solo...!

MOSTI. ¿Lo veis...? ¡Cuando yo decia
que estaba loco...!

ALF. ¿Creeis

que el Tasso...?

MOSTI. No lo dudeis.
Es claro: si no podia
ser otra cosa...

JULIO. Escuchad...

COCCA. ¿Torcuato?

JULIO. ¿Tasso...?

COCCA. Destierra
ese dolor.

TASSO. En la tierra
no hay amor, no hay amistad.

CORN. ¡Ah! ¡Loco! ¡Está loco!

TASSO. (A Cornelia.) ¿Quién
eres tú? ¡Ah...! Si... ya te veo...
La imágen de mi deseo,
mi dicha, mi amor, mi bien.
(A Leonora.)
Pero... ¿y tú..? ¡Válgame Dios!
¿Por qué, si es un ser el que amo,
cuando á mi lado le llamo,
se me representan dos?

ALF. Arrestadle.

TASSO. ¿A mí? ¿Yo preso?
Porque amo y no me comprenden,
porque escribo y no me entienden;
¿no es por eso...? Sí: ¡es por eso!

JULIO. ¡Locura estraña!

ALF. (Aparte á Leonora.) Leonora:
está loco, ya lo ves;
pero, aunque loco, no es
menos peligroso ahora.

TASSO. Si á gemir á una prision,
por loco de amor me llevan,
no haya miedo que se atrevan
á prender mi corazon.
(Se llevan al Tasso, y cae el telon.)

ACTO TERCERO.

Habitacion del Tasso en el palacio de Bello-Sguardo: puerta al fondo; dos á la derecha y una á la izquierda: escritorio, estantes de libros y muebles elegantes de la época.

ESCENA PRIMERA.

El TASSO y COCCAPANI.

(El Tasso sentado, Coccapani de pie junto á él.)

COCCA. Vamos, Torcuato, valor...
Ya estamos solos.
TASSO. ¿Qué importa
que estemos solos, si á mi alma
la acompañan sus congojas?
COCCA. Nada temas: la Princesa
te perdona.
TASSO. ¡Me perdona...!
Yo no quiero su perdon,
quiero su amor: ¿por qué ahora
no está á mi lado? ¿Por qué
al pobre loco abandona
en su soledad? ¡Acaso
no es la princesa mi esposa...!
COCCA. Vendrá.
TASSO. No vendrá, que al fin
si es mujer, será traidora.
¡Ah, crueles penas mias,
qué ocultas estais, y qué hondas...!
COCCA. ¡Pobre Torcuato! Valor...

que mujeres hay de sobra,
y lo que unas dejan, suelen
apetecerlo las otras.
Una ingrata más ó menos,
despues de todo, ¿qué importa?

TASSO. (Se levanta.)
¡Ingrata...! ¿Ingrata dijiste...?
¡Oh, no...! Pues ella me adora,
y vendrá... ¿No ha de venir,
si me ama y está celosa...?
"¡Silencio...! Allí va... ¿La ves...?
,,Pálida... triste... Aquí torna,
,,buscando en este desierto
,,un árbol que le dé sombra.
,,¡Oh...! ¡Mírala...! ¿No la ves...?
,,¡Cada dia es más hermosa!
,,Ven aquí, luz de mis ojos;
,,ven, tiernísima paloma;
,,ven á mi lado, y serán
,,breves instantes las horas.
,,Ven, que al verte, vida mia,
,,mi espíritu se remonta
,,hasta Dios, para quererte
,,como se quiere en la gloria.
,,Yo he penetrado en las flores,
,,y he preguntado á sus hojas,
,,y me dijeron que tú
,,les distes sus galas todas :
,,el color de los claveles
,,hurtado fue de tu boca,
,,y en tus mejillas, tomaron
,,sus dulces tintas las rosas,
,,y bebieron en tu aliento
,,la pureza de su aroma.
,,En el mar he penetrado,
,,y sus turbulentas olas
,,á mi voz han dado el eco
,,que cruza tierras remotas,
,,dejando por donde va
,,tu imágen encantadora.

,,Yo he vivido con las aves
,,para comprender su idioma,
,,y poder cantar como ellas
,,mis endechas amorosas.
,,Y Dios, y el mar, y las flores.
,,y las aves, y las hojas,
,,y las cristalinas fuentes,
,,y las brisas juguetonas,
,,me han dicho, luz de mis ojos,
,,que por tí, y para tí sola,
,,de este corazon sensible,
,,amor á raudales brota.''
¡Oh...! Ven y dame tus manos,
deja que en ellas esconda
las penas que por mis ojos
quieren salir gota á gota.
¡Te apartas de mí...! ¿Por qué
te vas? ¡Adios, dulce sombra
de mis ensueños; adios...!
Con sangre escribí la historia
de nuestro amor, y esa sangre
te horroriza...

COCCA. (Aparte.) Me acongoja
su situacion. Oye, Tasso.

TASSO. Déjame llorar á solas.

(El Tasso cae postrado en un sillon, y como indiferente á lo que le rodea.)

ESCENA II.

Dichos y JULIO.

(Coccapani y Julio hablan aparte: el Tasso sigue ensimismado.)

JULIO. ¿Cómo está?

COCCA. Ciertamente
amorosos agravios
de otros tiempos se agolpan á su mente,

y en su perturbacion no están de acuerdo,
las palabras que brotan de sus labios
y lo que en su alma siente.
Ya habla de una mujer desconocida
á quien sin duda desde niño adora,
ó ya postrado, cual le veis ahora,
en hondo abatimiento,
de tal modo se olvida
de cuanto le rodea, que su aliento
hay que buscar para encontrar su vida.

JULIO. ¿Y nada más?

COCCA. ¿Y te parece poco?

JULIO. Para un cuerdo es bastante;
no es mucho para un loco:
dejame hablarle á solas un instante.

COCCA. ¿Te prometes curarle?

JULIO. No sé; pero
yo mismo indagar quiero,
si es el loco el poeta ó el amante.
(Coccapani se va por el fondo.)

ESCENA III.

JULIO y el TASSO.

JULIO. ¿Tasso...? (Aparte.) ¡Estraña postracion!
¿Torcuato...? ¿Amigo...?

TASSO. ¿Quién es...?
¿Quién me llama?

JULIO. ¿No me ves...?
Tu amigo.

TASSO. ¡Vana ilusion...! (Se pone de pie.)
Ayer amigos tenia,
tal vez los tenga mañana...
hoy no hay mano tan villana
que quiera estrechar la mia.

JULIO. ¡Torcuato!

TASSO. ¡Cruel verdad!
¡Verdad que oprime y aterra!
Todo lo que hay en la tierra

es miseria y vanidad.

JULIO. Pero mi amistad...

TASSO. No existe:
y eso que juzgas tú mismo
amistad, es egoismo
que con su traje se viste.
"Mentira la virtud es,
,,y el amor un nombre vano;
,,que en el corazon humano
,,no cabe más que interes."

JULIO. ¿Sabes con quién hablas?

TASSO. Sí:
¿no eres Julio...? Sí, Julio eres.

JULIO. ¿Pues entonces, Tasso, quieres
tambien engañarme á mí?
"Yo, que con admiracion
,,por do quiera te he seguido;
,,yo que latir he sentido
,,tu sensible corazon,
,,¿cómo, Tasso, he de creer
,,que tu amistad ya no existe,
,,y que lo que siempre fuiste,
,,hoy has dejado de ser?"
¿Me crees traidor? ¿O acaso
es que dudas del cariño
de quien te amó desde niño?
Piensa lo que dices, Tasso.

TASSO. Pensar... Decir... Es verdad...
Diga el hombre lo que piensa,
y será una jaula inmensa
de locos, la humanidad.
Sí: todos locos estamos;
mas quien piensa y calla, ve
que él es cuerdo, entre los que
decimos lo que pensamos:
pero no por eso deja
de ser loco, pues el dia
que hable y cuente su manía
le pondrán tras una reja.
Así, pues, importa poco

dar los secretos al labio;
que en el mundo el mayor sabio,
es tambien el mayor loco.

JULIO. Abreme tu corazon,
dime las penas que encierra,
pues aun hay sobre la tierra
cariño y abnegacion.
Aun hay quien tras los enojos
que tú quieres fingir, ve
las gruesas lágrimas que
se aglomeran en tus ojos.
Ven á mis brazos, que aquí
late un corazon leal,
que adivinando tu mal,
quiere consagrarse á tí.

TASSO. ¡Ah, Julio! (Se arroja en los brazos de Julio.)

JULIO. Así: llora y calma
tus penas llorando; pues
cada lágrima, al fin, es
un pesar que arroja el alma.
Llora sobre el pecho mio
sin cuidado y sin rubor,
que están bien sobre una flor
dulces gotas de rocío.
Mengua es, Torcuato, ocultar
las penas que el alma encierra.

TASSO. (Con dolor reconcentrado.)
¡Ay...! ¿Qué harán sobre la tierra
los que no saben llorar?
El quejido lastimero
de la bullidora fuente;
y la furia del torrente
que se precipita fiero;
y los rugidos del mar
que se revuelve furioso
contra el dique poderoso
que lo quiere sujetar...
todo lo comprendo; tanto
rugió dentro de mi pecho
la tormenta, y se ha deshecho

con unas gotas de llanto.

JULIO. Torcuato, cuenta tus penas
á quien contigo las siente.

TASSO. ¡Contarlas...! Dime que cuente
de un desierto las arenas;
dime que quieres saber
lo que el mar guarda en su fondo,
ó el sentimiento más hondo
del alma de una mujer:
tal vez mi imaginacion
lo pudiera adivinar;
mas ¿cómo habré de esplicar
esta insensata pasion?

JULIO. ¡Amas...! ¡Oh...! ¡Bien presenti
de tus penas el motivo!

TASSO. ¡Que si amo...! Dí que si vivo,
que es lo mismo para mí.

JULIO. Tenaz desesperacion
se apodera de tu ser...

TASSO. ¿Pero qué pueda yo hacer
si soy todo corazon?

JULIO. Luchar contigo, y ganar
en la lid.

TASSO. ¿Quién me diria
que un hombre en el mundo habria
que me enseñara á luchar?
¡A mí, que hervir he sentido
cuantas pasiones encierra
el alma, y en cruda guerra
á todas las he vencido!
¡Yo, que en silencio profundo
sufrí las desdichas mias,
que fueron más que los dias
de mi existencia en el mundo!
Mi pobre madre vivió
en una celda encerrada
y tal vez envenenada
por sus parientes... murió.
Y... ¡ay! ¡yo no la pude ver!
Cuando á sus verdugos vi,

odio y venganza sentí,
y me tuve que vencer.
¡Yo, que vagando al azar
con mi pobre padre al lado,
hambriento y avergonzado,
he tenido que cantar!
Y cuando mi fantasía
tan alto alzaba su vuelo,
ni esperanza, ni consuelo,
ni albergue, ni aun pan tenia.
Cantaba dichas al son
de mis penas; ¡y aun hay quien
dice que no aprendió bien
á luchar mi corazon!
¡Morir á mi padre vi...!
Para darle sepultura,
á un judío, y con usura,
la prenda de un Rey vendí.
Al ver que en tal situacion
los hombres me abandonaron,
ecos de furor sonaron
dentro de mi corazon;
pero pronto dominé
los gritos de mi pesar;
mi destino era cantar,
y ¡ay desdichado...! canté.

JULIO. ¿Por qué hoy renuncias la palma
del vencedor?

TASSO. Porque tales
y tantos son ya mis males,
que no caben en el alma.

JULIO. ¿Luego fingimiento ha sido
todo...? Bien me lo decia
mi corazon: no podia...

TASSO. ¿Quién dice que yo he fingido?
La mísera humanidad
todo lo entiende al reves;
piensa que finjo, y ahora es
cuando digo la verdad.

JULIO. Tasso, ¿has podido olvidar

que anoche comprometiste...?

TASSO. ¿A quién...?

JULIO. ¿Sabes lo que hiciste?

TASSO. Lo que yo hago siempre: ¡amar!
Libre es, libre soy, no sé
qué requisito nos falta...
¡Ah...! sí... que ella está muy alta
y yo... pero creceré.

JULIO. O es, Tasso, que desvarías,
ó es que engañarme pretendes.

TASSO. ¡Pobre Julio...! Tú no entiendes
estas mis tristes manías.
Compadece mi dolor:
que si ahora no estoy loco,
posible es que poco á poco
venga á ser loco de amor.
(Se va por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

JULIO.

¿Quién penetra en ese arcano
cuando él mismo no responde!
¡Quién sabe lo que se esconde
en el corazon humano...?

ESCENA V.

CORNELIA y JULIO.

JULIO. Cornelia, ¿vos...?

CORN. Escuchad:
y pues ya sabeis quién soy,
lo que á revelaros voy,
como un secreto guardad.
De vos necesito para
la empresa que he de emprender.

JULIO. ¿De qué se trata?
CORN. De hacer
que huya el Tasso de Ferrara.
JULIO. Dudo que lo consigais.
CORN. Lo intentaré.
JULIO. Pues conmigo
contad.
CORN. Sois un buen amigo.
JULIO. Decíd lo que deseais.
CORN. Que huyais con Torcuato.
JULIO. Fiel
compañero tendrá en mí:
¿qué más...?
CORN. ¿En dónde está?
JULIO. (Señalando á la derecha.) Allí.
CORN. Dejadme á solas con él.
JULIO. Pero ¿sabe quién sois vos?
CORN. No: más tarde lo sabrá;
pues en decírselo, está
mi último recurso. Adios.
(Julio se va por el fondo.)

ESCENA VI.

CORNELIA y el TASSO.

CORN. (En la primera puerta de la derecha.)
¿Tasso...? ¿Tasso...?
TASSO. ¿Quién me llama?
¿Quién sois vos?
CORN. Soy una dama
que libertad os ofrece.
TASSO. ¡Libertad á mí...! Parece
que no es ya libre quien ama.
CORN. Tal vez mañana encerrado,
solo sufrais el dolor
que os hace tan desdichado.
TASSO. Y estar solo, ¿no es mejor
que estar mal acompañado?
Toda mi vida pasé

en completa libertad,
y tal mi desdicha fue,
que á do quier que fuí, llevé
conmigo la soledad.
No temais la suerte mia,
que ya de noche y de dia
á la soledad me avengo;
pues siempre, señora, tengo
penas en mi compañía.

CORN. Loco quereis parecer
por salvar á esa mujer.

TASSO. (Con inquietud.)
¡Señora...!

CORN. En vano intentais
fingir, pues cuanto finjais
no me podrá convencer.

TASSO. Pero, es que...

CORN. ¡Inútil empresa!
y pues sabemos los dos
que en salvo está la Princesa,
lo que ahora nos interesa
es que tambien lo esteis vos.
Mientras en Ferrara esteis
por loco vais á pasar,
y, ¡ay de vos cuando cureis...!
Entonces, Tasso, ¿sabeis
dónde iríais á parar?

TASSO. Pero... ¿quién sois vos, que así
penetrásteis mi secreto?
¿Por qué estais, señora, aquí?
Decidme, por Dios: ¿qué objeto
os trajo cerca de mí?
"Decidme quién sois, y en pos
,,á do quiera iré de vos;
,,pues es mi turbacion tal,
,,que no sé si sois mortal
,,ó sois un ángel de Dios."
Hablad.

CORN. Vengo de Sorrento
por vos, y mi único intento

es que á Sorrento volvais;
Tasso, ha llegado el momento:
decid qué determinais.
Despreciado, escarnecido,
en una prision sumido...
¿y á Ferrara con horror
no mirais...?

TASSO. Tanto he sufrido,
que no me asusta el dolor.

CORN. Ved que loco habeis de ser
mientras viviéreis aquí.

TASSO. Lo sé; mas ¿qué voy á hacer
ausente de una mujer
que es la vida para mí?
¿Qué habrá en tierra tan lejana
para calmar mi ansiedad?

CORN. La patria, la libertad,
vuestra casa y una hermana:
¿Quereis más felicidad?
Por vos juzgais el cariño,
Torcuato, sin comprender
que no olvida una mujer.

TASSO. Si no me vió desde niño,
¿por qué me ha de conocer?
Una carta le escribí
para que viniera aquí
conmigo; no ha contestado:
¡todos huyen de mi lado!
¡Nadie se acuerda de mí!

GORN. Ella vendrá.

TASSO. No vendrá,
y en no venir bien hará:
sea dichosa en Sorrento;
pues para ver mi tormento,
que no venga.

CORN. Está aquí ya.

TASSO. ¿Aquí...? Decidme ¡por Dios!
dónde está, y vamos los dos
á abrazarla; no os burleis
de mis penas.

CORN. La teneis,
Torcuato, cerca de vos.
TASSO. ¿Cerca de mí...? ¡Por piedad,
decidme dónde!
CORN. Mirad
mi rostro.
TASSO. ¡Oh que luz...! Seria...
¡Hermana del alma mia!
(Se arroja en brazos de Cornelia.)
CORN. Llorad, Torcuato, llorad. (Pausa.)
TASSO. ¡Tú aqui...! ¿Lo finge el deseo,
ó es realidad que te veo?
Deja que dude el placer;
pues con tanto padecer,
ya solo en las penas creo.
¡Oh...! Ya no soy desgraciado;
ya está mi hermana á mi lado.
¡Dios mio, yo te bendigo!
pues ya tengo un ser amado
que viene á llorar conmigo.
CORN. Nunca nos separaremos;
y cuando juntos gocemos
horas de ventura llenas,
tú me contarás tus penas,
y los dos las lloraremos.
No se siente el dolor tanto
si el cariño lo mitiga,
y el llorar tiene su encanto
cuando hay una mano amiga
que ayude á enjugar el llanto.
Dejemos la tierra estraña,
que ya nuestro hogar tranquilo
nos espera en la montaña,
y en aquel humilde asilo
ni se miente ni se engaña.
TASSO. ¿Huir, Cornelia?
CORN. En Sorrento
está la tranquilidad.
TASSO. ¡Y el amor, que es alimento
del alma!

CORN. ¡Y la libertad!
TASSO. ¡Oh Dios mio, qué tormento!
Quédate aquí tú, y serán
mis males menos prolijos.
CORN. Torcuato, inútil afan:
soy viuda, y mis pobres hijos
llorando me esperarán.
TASSO. Contigo va el corazon;
pero renunciar á ver
lo que amo...
CORN. ¡Qué obstinacion!
¡Que dudes para escoger
tu dicha ó tu perdicion!
Preso, solo, despreciado,
de contrarios rodeado,
sin amigos, sin parientes...
¡Ay...! Tal vez desesperado
á tu propia vida atentes...
Y cuando en tierra estranjera,
cansado de padecer,
se acerque tu hora postrera,
no hallarás, Torcuato, un ser
que llore á tu cabecera.
No habrá, ni aun por compasion,
á tu lado una persona,
que en tu postrera mansion
deposite una corona
ó murmure una oracion.
Si aun quedan en ti raices
del amor y del deber,
ven, siquiera por saber
que allí han vivido felices
los que te dieron el ser.
¿Aun dudas...? ¡Adios, ingrato!
¡adios para siempre, adios...!
¡ahí te quedas, insensato...!
TASSO. ¡Oh! ¡No, Cornelia!
CORN. ¡Torcuato!
TASSO. Juntos iremos los dos.
CORN. Vamos; tal vez una hora

para impedir bastará
nuestra fuga.

TASSO. ¿Y Leonora...?

CORN. Si cual la adoras te adora,
de tí no se olvidará.

TASSO. ¡Tienes razon...!

CORN. Vamos, ven.

TASSO. Ya voy; tus pasos deten,
pues...

CORN. Nos espera un amigo.

TASSO. Deja que lleve conmigo
mi pobre *Jerusalen*.
¡Ay...! Esas páginas son
la historia de mis pesares,
y las amo con pasion;
pues escribí sus cantares
con sangre del corazon.
(Se va por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

CORNELIA.

¡Gracias, Dios de bondad! ¡Ya tener puedo
lejos de aquí mis pensamientos fijos,
y dando tregua á la inquietud y al miedo,
volar al lado de mis pobres hijos!
¡Hijos de mis entrañas...! ¡Nobles prendas
al amor fraternal sacrificadas:
recibid estas lágrimas...! Ofrendas
á tan dulces recuerdos consagradas.

ESCENA VIII.

CORNELIA y LEONORA.

LEON. ¡Ah...! ¿Vos aquí?

CORN. Mi obligacion me trajo
donde me veis ahora,

y ni el decoro de mi sexo ultrajo,
ni como vos, señora,
la dignidad de mi pasion rebajo.

LEON. Pensad con quién hablais.

CORN. Sé, Leonora,
lo que debo á la altura
en que á los cielos colocaros plugo;
mas semejante amor, si no es locura,
es egoismo lo que en vos espresa:
aquí ha de haber un mártir y un verdugo:
qué quereis ser, Princesa?

LEON. ¡Ah, señora...! Mirad...

CORN. Si amais al Tasso,
yo, en nombre suyo, vuestro amor invoco:
dísteis el primer paso,
y el que ayer era un génio, hoy es un loco.
Noble Princesa, el Hacedor divino
puso en vuestro camino
dos sendas que condenan ó redimen:
ó la virtud, ó el crimen;
ese es vuestro destino.

LEON. Basta, señora: el sacrificio es rudo,
inmenso mi dolor, mi amor eterno;
mas sírvame de escudo
la voluntad con que mi ser gobierno,
y mi cariño tornarase mudo.
Si estas miradas que en silencio adora
dan á Torcuato enojos;
si son para él agravios
estos tristes suspiros, desde ahora
no habrá luz en mis ojos,
ni aliento habrá en mis labios.
Yo enfrenaré de mi cariño el fuego;
yo acallaré...

CORN. Propósitos perdidos:
¿no veis que amor es ciego
y rebelde la voz de los sentidos?
¿Quién es quien siente y su pasion acalla?
Nadie: tanto valdria
poner al tiempo valla,

secar el mar, oscurecer el dia.

LEON. ¿Qué más quereis de mí...?

CORN. No quiero tanto:
la violencia del amor es mucha,
y no bastara la virtud de un Santo
para triunfar en tan tremenda lucha:
y ya que no podeis guardar secreta
esa pasion que el público pregona,
sed piadosa y discreta;
y si el amante pierde una corona
otra corona ganará el poeta.
No hay Estado en Italia, no hay acento
que al Tasso no demande:
renunciad á su amor, dejad que vaya
donde la gloria su dolor ablande,
y haced callar la voz del sentimiento;
que el mártir no desmaya
y cuanto más sufrais, sereis más grande.

LEON. No me asusta el dolor: Dios es testigo
de que mi amor y cuanto en él se encierra
á su ventura con placer inmolo;
pero él que me ama, si á partir le obligo,
vagará por la tierra
desesperado y solo.

CORN. No irá solo, señora: irá conmigo.

LEON. ¡Irá con vos...! ¿Y en tan inicua trama
pensásteis que caeria?

CORN. "No consulteis vuestro cariño ciego
,,y á la sana razon tomad por guia.

LEON. ,,No sacrifica quien de veras ama
,,de su pasion el sacrosanto fuego
,,á la razon calculadora y fria."

CORN. ¿Y vuestro bienestar? ¿Y vuestra fama...?

LEON. Todo lo perderé, si esa es mi suerte.

CORN. Pensad en él, pensad en su locura,
pensad que acaso le causais la muerte.

LEON. Paz nos dará la misma sepultura.

CORN. ¿Teneis valor para arrostrar con calma
los crueles desvelos
con que la voz de la conciencia acosa?

LEON. Tengo amor, tengo celos:
¿qué más he de tener? ¡No teneis alma
cuando oyéndome hablar no estais celosa!
Invocais mi virtud y mi paciencia
para que el fuego del amor resista:
quereis en la amorosa competencia
sin poderme vencer, quedar triunfante,
y á las puertas llamais de mi conciencia
para que al duelo de mi dicha asista,
y enseñe á amaros á mi propio amante...
¡Vossois la humanidad siempre egoista...!

CORN. ¡Ah, señora! ¡Qué injusta sois conmigo!
No comprendeis el sacrificio que he hecho
para salvar á vuestro noble amigo.

LEON. ¿Qué derecho teneis?

CORN. Dios es testigo
de que es mejor que el vuestro mi derecho.
Yo abandoné para buscar al Tasso
mis pobres hijos, cuya ausencia lloro:
yo he cruzado la Italia paso á paso:
yo he vagado al acaso
esponiendo mi vida y mi decoro;
y hoy que en tierra estranjera
encuentro al ser por quien daré la vida,
una mujer cobarde y altanera
duda de mis derechos.

LEON. ¡Quièn creyera
que tal belleza su pudor profana,
vagando por la tierra corrompida!

CORN. Pero... ¿sabeis quién soy, mujer villana?

LEON. Sois su amante.

CORN. Soy más.

LEON. Sois su querida.

CORN. Soy aun más, soy su hermana.

LEON. ¡Ah...! ¡Perdon...!

(Leonora cae de rodillas á los pies de Cornelia: se oye hablar á Alfonso, y Cornelia corre á la puerta del fondo, volviendo despues muy inquieta.)

CORN. Vuestro hermano, Leonora,

viene hácia aquí.

LEON. ¡Dios mio!

(Al levantarse deja caer un pañuelo entre las dos puertas de la derecha.)

¿Qué hacer?

CORN. Huid, Princesa.

LEON. (Despues de mirar por el fondo.)

¡Ya es imposible...!

CORN. Pues entrad ahora
en esta habitacion.

(Señalando á la de la izquierda.)

Yo entraré en esa.

(Segunda derecha.)

LEON. Pero...

CORN. No tengais miedo.

LEON. En vos confío.

(Cornelia entra en la segunda habitacion de la derecha, y Leonora en la de la izquierda.)

ESCENA IX.

ALFONSO, JULIO MOSTI, COCCAPANI, el CONDE, ROSSI, MOSTI y acompañamiento.

ALF. ¿Y el Tasso?

JULIO. En su habitacion
está, señor, encerrado.

ALF. ¿Pero es que no ha recobrado
todavía la razon?
¿Sabe que está preso?

JULIO. Sí,
lo sabe, señor.

ALF. ¿Y quiere
salir?

JULIO. No, señor; prefiere
que le dejemos aquí.

ALF. Llamadle.

JULIO. (Va á la puerta de la derecha.)

¿Torcuato...? Ya
está en su dolor sumido.

Vamos, Tasso, que ha venido
el Gran Duque.

TASSO. (Dentro.) ¿Dónde está?

ESCENA X.

Dichos y el TASSO.

TASSO. ¿El Gran Duque...? Grande no.

JULIO. ¡Tasso...!

TASSO. Falsedad bien clara:
nadie ignora, que en Ferrara
si hay alguien grande, soy yo.
(El Tasso mira con detencion á todos los personajes.)
¡Cuánta gente....! ¿Pero quién
lo será entre tantos...? Voy
á verlo...

JULIO. ¿Qué haces?

TASSO. Estoy
buscando un hombre de bien.

JULIO. Repara, Torcuato...

TASSO. ¡Nada...!
¡Ilusiones pasajeras...!
¿Quién va á buscar entre fieras
una oveja descarriada?
Aparta, Julio: á su aspecto
se estremece el corazon:
mira... mira... ese es leon,
aquel hiena, este es insecto.
(Señala sucesivamente á Alfonso, el Conde y Mosti, sentándose despues meditabundo.)

ALF. ¡Inaudita ceguedad!
Sus palabras me estremecen.

COCCA. (Al Conde y á Mosti.)
Estos que locos parecen
suelen decir la verdad.

ALF. ¿Torcuato?

TASSO. ¡Ah, señor! ¿Sois vos?
¡Cuánta bondad! ¡Quién diria

que á visitarme vendria
el que es imágen de Dios!

ALF. Eso y más, Tasso, mereces:
¿y cómo estás?

TASSO. Con certeza
no sé; pues esta cabeza
suele andar mal muchas veces.

MOSTI. ¡Y tan mal...!

TASSO. Y el corazon...
tampoco anda bien.

ALF. ¿Tampoco?

TASSO. Los que dicen que estoy loco
creo que tienen razon.

ALF. Pero tú nunca has sentido
tan negra melancolía.

TASSO. ¡Quién sabe? Tal vez seria
porque mejor he mentido.
Hablé, y al decir mi mal
al mundo, no ha sido poco
que me encierren como á un loco
y no como á un criminal.

ALF. ¿Y no hay remedio, Torcuato,
para tu mal?

TASSO. No hay ninguno.

MOSTI. Perdonad..., mas yo sé de uno...

TASSO. ¡Qué has de saber, mantecato!

ALF. Yo remediaré...

TASSO. ¿Quién? ¿Vos?
¡Ay! Esta enfermedad mia,
solo Dios la curaria,
si hiciera otros hombres Dios.
Para esas gentes, quizás
por hombre grande paseis;
pero á mí me pareceis
uno como los demas.
Poder... grandeza... ¿qué son
más que una quimera, un nombre?
Si hay algo grande en el hombre,
procede del corazon.

ALF. Torcuato, de tu amistad,

más gratitud esperaba.

TASSO. Es, señor, que en vos trataba
á toda la humanidad.

ALF. ¿Qué causa te lleva en pos
de ese mal irremediable?

TASSO. ¡Ay! Eso es inescrutable
como los juicios de Dios.
Circular la causa siento
en la sangre de mis venas,
y en ella viven las penas
como en su propio elemento.
Toda la causa está en mí;
pues por decreto divino,
la historia de mi destino
llevo escrita aquí, y aquí.
(Señalando á la cabeza y al corazon.)

ALF. ¿Mas por qué en esta ocasion
asi tu pena ha estallado?

TASSO. ¿Por qué...? Porque ha rebosado
dentro de mi corazon.

JULIO. (A Alfonso.)
Señor.

COCCA. Marchaos.

ALF. No puedo.

JULIO. Ved que en tocando á ese punto

ALF. Quiero saber á qué punto
llegan sus quejas. Me quedo.

TASSO. Me la quitas; porque á Dios
hacerla grande le plugo...:
¿acaso tú y el verdugo
no sois hermanos los dos?
Prosigue, pues, en tu sueño
que á donde á despertar vas,
grande al pequeño hallarás,
y al grande hallarás pequeño.
¡Qué me importa á mí el poder
que tengas sobre otros seres,
si al fin, como yo, polvo eres,
y en polvo te has de volver...!

ALF. Basta, basta ya, Torcuato:

de tus locuras testigo,
esas frases no castigo
porque te creo insensato.
Pero ¡ay de tí, si capaz
algun dia las profieres...!

TASSO. Pues, Gran Duque, si no quieres
oirme, déjame en paz.

ALF. Señores, desde mañana,
para que sea curado,
irá Torcuato arrestado
al hospital de Santa Ana.
A tí que práctico estás,
Mosti, te encargo la cura
de su insolente locura:
tú, Conde, lo guardarás.

TASSO. ¡Por juez á mi acusador...
por guardian á mi asesino...
no hay duda que mi destino
es envidiable, señor!
No me admira su maldad,
ni la vuestra, pues al fin,
digno es proceder tan ruin,
de una tan ruin majestad:
mas sabed todos, que quien
quiera humillarme, es un necio,
que á tí y á tí os desprecio;
(El Conde y á Mosti.)
Y á vos, Duque, á vos tambien.
(El Tasso se va por el primer término de la derecha: Alfonso quiere seguirle, pero el Conde se interpone.)

ALF. ¡Villano...!

CONDE. Esperad, señor.

ALF. Aparta.

CONDE. Si os cierro el paso,
es porque entre vos y el Tasso
hay una prenda de amor.
(El Conde recoge el pañuelo que Leonora dejó caer en la escena anterior, y se lo entrega á Alfonso, el cual lo examina con detencion.)

Es de una dama...

ALF. Callad.

ESCENA XI.

ALFONSO, el CONDE, MOSTI, JULIO, ROSSI, CORNELIA, y acompañamiento.

CORN. (En la segunda puerta de la derecha junto á la cual están Alfonso y el Conde.)
Gran Duque, no hay para qué:
pues en esta ocasion, sé
que dice el Conde verdad.
Ese pañuelo confieso
que yo al Tasso se lo dí.

ALF. (Muy sospechoso.)
¿Es vuestro...?

CORN. Sí.

ALF. (Con intencion.) ¿Vuestro...?

CORN. (Tambien con intencion.) Sí

ALF. Tomad. (Da el pañuelo á Cornelia.)

CORN. Tomad vos.

ALF. ¿Qué es eso?

CORN. (Entregándole el puñal que arrancó de las manos del Conde en el segundo acto.)
¡Un puñal!

ALF. (Examinando el puñal.) ¿De quién?

CORN. Escrito
su nombre...

ALF. Conde...

CONDE (Muy turbado.) Señor...

CORN. Si esta es prueba de un favor,
esa es prueba de un delito.
(Señalando al pañuelo y al puñal.)
Señor, tal vez por acaso,
vísteis vos al criminal
cuando alzaba su puñal
sobre la frente del Tasso.
Vos vísteis á una mujer
que el peligro hizo más fuerte,

del pobre Tasso la muerte
en el aire detener.
A la mujer y al traidor,
Gran Duque, teneis delante,
y si no es prueba bastante
ese es el puñal, señor.

ALF. Conde, esta arma fiel testigo
de tal acusacion es.

CONDE. ¡Señor...!

ALF. Prendedle, y despues
sufrirá el justo castigo. (Se llevan al Conde.)
Tú, Coccapani, encargado
quedas del Tasso.

CORN. ¿Señor,
por qué usar tanto rigor
con un pobre desgraciado?

ALF. Quiero curar de una vez
su locura.

CORN. ¿Y para eso
poneis al enfermo preso,
y lo someteis á un juez?

ALF. ¿Pero quién sois vos que así
venís de tierra lejana
á defender...?

CORN. Soy su hermana.
¿Os fiais ahora de mí?

ALF. (Pausa.)
Curad al loco de amor,
(A Cornelia.)
mas devolved á Ferrara
esa gloria, que tan cara
ha comprado ya mi honor.

(Se marchan todos menos Cornelia, que los sigue hasta la puerta, corriendo despues á llamar al Tasso.)

ESCENA XII.

CORNELIA, el TASSO y LEONORA.

CORN. Vamos, vamos Torcuato; el tiempo vuela
y es preciso partir.

TASSO. (Aparece con un libro en la mano.)
¡Ay Leonora!
Huir de tí mi corazon anhela,
y hondas penas devora
al quebrantar la esclavitud que adora.
(Desde el fondo.)
¡Adios, Leonora...!

LEON. (Desde la puerta de la izquierda.)
¡Adios!

TASSO. (Al ver á Leonora, vuelve á escena.)
¡Sombra querida!

CORN. Vamos, no agraves tu dolor profundo.

TASSO. Deja que me despida,
hoy que abandono el mundo,
de esa mujer, que para mí es la vida.
Si es tu amor, Leonora, tan vehemente,
tan noble, tan constante como el mio,
siempre tendrás presente
mi sombra que se agita en el vacio
y en las brisas que pueblan el ambiente
oirás los suspiros que te envio.
Si sabes, ¡ay...! lo que al perderte pierdo,
si en mi pecho resides
y mi cariño y mis desdichas mides,
dedícame un recuerdo,
¡no me olvides, Leonora, no me olvides!
"¡Ay...! Mi desdicha fiera,
,,mi malhadada suerte,
,,me arrojan para siempre de Ferrara:
,,No los amaños de la envidia artera,
,,ni las persecuciones, ni aun la muerte
,,de la luz de tus ojos me apartára...:
,,si cien vidas tuviera,

„cien vidas á tu amor sacrificara;
„pero ¡ay! temo perderte:
„temo que mi dolor suelte algun dia
„los suspiros amantes que hoy sofoco,
„arrastrando tu paz y tu alegría
„hácia el abismo á que camina un loco;
„y ante tu porvenir importa poco
„el sacrificio de la dicha mia.

LEON. „Comprendo tu dolor, noble Torcuato,
„el sacrificio que te impones creo,
„y en el que todos ven un insensato,
„la abnegacion y el heroismo veo.
„No para tal empleo
„diérate Dios ingénio peregrino,
„ni en tu preclara frente
„del génio ardiera el resplandor divino.
„¿Como ha de ser demente
„quien tan noble entusiasmo
„por la virtud y el heroismo siente?
„¡Miserables...! Su amor tienen en poco,
„sin ver que es un sarcasmo
„contra los locos que le juzgan loco.“
Quédate aquí.

TASSO. No puedo.

LEON. Yo arrostraré á tu lado
las iras...

TASSO. Tengo miedo...

LEON. ¿Tienes miedo!

TASSO. ¿De que no tiene miedo un desdichado!

LEON. ¿Resuelto estás á huir?

TASSO. Es invencible
la fuerza oculta que partir me ordena

LEON. Quédate... ¡Por mi amor...!

TASSO. Es imposible.

LEON. Pues yo quebrantaré la vil cadena
que tanto tiempo sujetó mi brío;
y roto el dique que mi amor enfrena,
la indignacion del mundo desafío;
yo sus juicios desdeño:
mas si entre el vulgo hay alguien por acaso

que una disculpa á mi pudor demande,
sepa que á amar enseño;
pues fuera indigna del amor del Tasso
la que ante rasgo de querer tan grande
hiciera un sacrificio más pequeño.
Si á quedarte en Ferrara no te obligo,
y place más á tu alma generosa
llorar á solas, que llorar conmigo,
tuyo es mi corazon; seré tu esposa,
y donde fueres tú, yo iré contigo.

TASSO. "¡Ah! ¿Qué intentas hacer?

LEON. ,,Por mí te alejas,
,,mas yo no te abandono;
,,si tú la gloria y la fortuna dejas,
,,no haré yo mucho con dejar un trono."

CORN. ¡Oh...! ¡Venid á mis brazos!
¡Ahora sois grande...! Ahora
que con noble entusiasmo haceis pedazos
los vergonzosos lazos
con que á la vanidad fuísteis sujeta:
eso es amar, señora;
dejais un trono, y aceptais con gusto
el laurel de un poeta:
nacísteis noble, y arrostrais valiente
de la nobleza el anatema injusto;
mas la posteridad, que nunca miente,
en vuestra noble frente
la corona inmortal pondrá del justo.

(Alfonso aparece en el fondo.)

LEON. Partamos, pues.

CORN. Ya Julio nos espera
y todo está dispuesto.

TASSO. Pues partamos.

LEON. Amparo nos dará tierra estranjera.

TASSO. Si la dicha buscamos,
vayamos donde está.

ALF. ¿Y á dónde vamos?

(El Tasso, Leonora y Cornelia retroceden con horror.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y ALFONSO.

LEON. ¡Ah! ¡Mi hermano...!
ALF. ¿A dónde vais,
insensatos...? ¿Estas son
tus locuras?
CORN. Su pasion
culpad.
ALF. Señora, ¿pensais
que no tengo corazon?
A nadie culpo: el destino
cierra á la dicha el camino,
y vencerlo es vano intento...
¡Ay Tasso...! Tambien yo siento
pasiones, y las domino.
TASSO. ¡Luchar...! Sucumbir sin gloria,
ó alcanzar una victoria
que no alivie nuestra suerte...
ALF. Esa es del hombre la historia
entre la vida y la muerte.
Partid, Tasso: tú, Leonora,
ya puedes ser desde ahora
más prudente y más discreta.
TASSO. (Presentando á Leonora el libro que sacó de su habitacion.)
Tomad.
LEON. ¿Qué me dais?
TASSO. ¡Señora,
es el alma de un poeta!
Prenda de amor engendrada
entre los tristes despojos
de una pasion desdichada,
escrita ha sido, y regada
con el llanto de mis ojos.
¡Ay...! Amor y religion
han inspirado mi acento,
y esa es su fiel espresion...

no tengo más sentimiento,
no tengo más corazon.
A Dios y á vos he cantado;
por El y por vos existo;
¡bien merece ser amado
quien vuestro nombre ha grabado
junto al sepulcro de Cristo!
Para siempre á partir voy;
y al partir, espresion fiel
de mi gran cariño, os doy
mi poema: va con él
cuanto tengo y cuanto soy.
(Entrega á Leonora el libro.)

CORN. Vamos, hermano.

TASSO. ¡Ay de mi!
¡Mi amor, mi dicha, mi calma,
todo, todo lo perdí!
¡Ay...! ¡Cómo me duele el alma
al separarme de ti!

LEON. (Dando la mano al Tasso muy conmovida.)
¡Tasso!

ALF. Es preciso marchar.

TASSO. (Besando la mano de Leonora con efusion.)
¡Gracias á Dios, que me envia
consuelo para un pesar! (Leonora aparta la mano.)
¡Oh! ¡Mal haya la alegría
si tan poco ha de durar!

ALF. Partid.

TASSO. (Luchando con su afliccion.)
Vaya... es menester
un esfuerzo... ¿Qué he de hacer?
¡Ay! ¿Quién me aparta de vos?
(Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo.)
¡Fuerza es luchar y vencer,
adios, para siempre, adios!
(El Tasso huye precipitadamente, y con él Cornelia. Leonora se arroja llorando en los brazos de Alfonso.)

LEON. ¡Ah...!

ALF. (Tambien muy conmovido.)

Vamos, ten confianza
en Dios: la bondad del cielo
á todas partes alcanza
y él te dará la esperanza
que es la fuente del consuelo.

CAE EL TELON.